

Selecta

FERNANDA SUÁREZ



BÚSCAME EN

tu corazón

Unidos por el amor VII

Búscame en tu corazón

Unidos por el amor 7

Fernanda Suárez

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Capítulo 1

—¿Alguna vez has pensado en establecerte en algún lugar? No sabes lo gratificante que puede ser tener a alguien esperándote en tu casa, calentando tu cama, alguien a quien aferrarte cuando te sientes mal o tienes problemas, con quien soñar un futuro, una familia, una vida — comentó el amigo del conde con ojos soñadores, hacía ya poco más de un año que se había casado y todo parecía indicar que su esposa estaba en cinta; el doctor aún no les había confirmado la gran noticia, pero esa misma tarde tendría la respuesta.

—Vamos, Adrián, no puedes esperar que ahora que tu decidiste entrar a la lista de hombres casados yo haga lo mismo, cualquier mujer puede calentarme en las noches, llegado el momento encontraré quien me provea de hijos. —Pensar en el amor del que su amigo hablaba era impensable, estaba seguro de que aquello no existía y no era más que un invento de alguien que decidió darle a las personas algo por lo que soñar.

—Jaime, ¿de verdad lo único que quieres es una esposa para presumir? —El aludido se encogió de hombros.

—No es el momento para preocuparme por ello, apenas tengo 32, Adrián, seguro que puedo disfrutar un poco más de mi soltería antes de tener que darle mi apellido a una señorita deseosa de fortuna y un buen título, aunque cabe la pena resaltar que aun estando casado no pienso deshacerme de mis compañeras. —El futuro marqués suspiró, en el fondo sentía lástima por su gran amigo, no entendía cómo es que él estaba tan decidido a no contraer matrimonio por amor cuando sus padres eran la fiel prueba de la existencia de tal sentimiento; los duques de Westnster eran conocidos por las varias muestras de cariño que se habían dado en público y, según los rumores, en una de esas, concibieron a una de sus hijas.

—¿Y qué dicen tus padres sobre el asunto? —preguntó seguro de que ellos eran los más interesados en ver a su hijo casado.

—Aseguran que es indispensable que contraiga matrimonio lo antes posible, desean nietos y padre quiere asegurarse de que el título continúe en la familia con el próximo heredero, ya sabes cómo son ellos —comentó restándole importancia al asunto seguro que lo de sus padres no era más que un capricho generado por la edad.

—Bien, por lo menos por ahora no quieres casarte y una vez que lo hagas no tienes la intención de dejar a tus amantes, ¿de verdad crees que a tu esposa le gustará eso? —Jaime sabía que lo que

estaba a punto de decir sonaba muy cruel, pero esa era su respuesta.

—Ella no tendrá la oportunidad de opinar sobre mis asuntos. —Levantó el vaso y bebió de un trago el whisky que aún quedaba en su interior.

A diferencia de sus padres, su opinión sobre el matrimonio era dura, como así les sucedía a muchos aristócratas que aseguraban que el amor no existía; los duques se habían amado profundamente desde el mismo momento en que se vieron, o por lo menos eso fue lo que le contó su padre cuando aún era un niño; el duque aseguraba que en cuanto la vio en una de las veladas su corazón se aceleró y sus manos empezaron a sudar, sabía que sería ella la causa de su felicidad eterna, la única capaz de complementarlo y darle todo lo que nunca imaginó desear; en varias oportunidades le contaba la misma historia una y otra vez y, aun así, él no deseaba sentir tal dicha conyugal.

Cuando aún era un jovencito de 23 años, en una de las oportunidades en que viajó a la mansión familiar en el campo durante las vacaciones, conoció una hermosa joven de cabellos dorados, ojos color miel, curvas delicadas y piel blanca y delicada como la porcelana; era básicamente todo lo que cualquier hombre podría llegar a desear, hermosa era una palabra que le quedaba corta a la hora de definirla, sencillamente no había forma alguna de hacerlo. Era la hija de un conde de la región, la conoció durante uno de sus paseos a caballo, nunca olvidaría cómo lucía sobre aquel animal blanco con un hermoso vestido rosado, un delicado peinado y un curioso sombrero sobre su cabeza, pero lo que más le fascinó fue que aun cuando él se acercó a saludarla y siendo plenamente consciente de lo indebido que era, ella respondió como si nada, no le importaba el escándalo; ese día se creó una conexión especial entre ellos, por lo que acordaron encontrarse todos los días a esa misma hora en ese mismo lugar; era una zona poco transcurrida, así que era poco probable que alguien los encontrara.

En los días siguientes, ambos cumplieron la promesa de llegar al lugar a la hora indicada, tiempo durante el cual compartían conversaciones amenas sobre sus gustos o sus vidas, tardes llenas de risas y diversión; durante una de aquellas horas, en algún momento durante la conversación, Jaime, sin previo aviso, se acercó, tomó su rostro entre sus manos y la besó; fue un simple roce, apenas un toque a sus labios, movimientos que la dama no tardó en imitar, así que ese pequeño acercamiento pronto se convirtió en un beso delicado en el que ambos se dedicaron a conocer al otro.

—Nunca imaginé que besar se sentiría así —fue lo que dijo ella una vez que se separaron; ese solo fue el principio del fin.

Continuaron con sus encuentros furtivos con la única añadidura de los diferentes besos y caricias inocentes que compartían siempre que tenían oportunidad; pero todo cambió cuando una tarde decidieron ir hasta un prado escondido entre los árboles y aún más solitario que el resto de la zona por la que solían cabalgar, una vez allí, ella empezó a deshacerse de sus ropas; al verla desnuda el noble solo podía pensar en las curvas de su cuerpo, por lo que allí, entre el césped, árboles y algunas flores, él la hizo suya, se entregaron el uno al otro, se hicieron uno, y fue el

momento más maravilloso de sus vidas; fue especial, tierno, amoroso, candente, los llevo al éxtasis, al placer, al cielo; fue simplemente perfecto.

Los encuentros amorosos continuaron hasta que un día ella llegó con el rostro lleno de preocupación.

—Creo que estoy en cinta —confesó entre lágrimas, no podía creer que tal desgracia estaba sucediéndole justo a ella. El caballero no sintió la misma preocupación, todo lo contrario, se acercó a ella, la tomó entre sus brazos y con una sonrisa en sus labios la besó.

—No tienes nada que temer, amada mía, estoy perdidamente enamorado de ti, te amo, mi corazón es tuyo, lo arreglaré todo, nos casaremos lo antes posible y seremos marido y mujer, nuestro hijo llevará mi apellido y será el próximo heredero de la familia, estoy seguro de que mi madre te adorará y mi padre no tendrá reparo alguno en aceptarte después de que le diga lo mucho que nos amamos. —Se podía decir que él casi que tenía todo planeado, como si lo hubiese pensado desde tiempo atrás.

—Mi familia tiene serios problemas económicos, yo no tengo una dote —confesó ella.

—No tienes de qué preocuparte, amor mío, no necesito una dote para unirme a la dueña de mi corazón y madre de mi hijo, tendremos toda la vida para amarnos. —Al pronunciar esas últimas palabras el rostro de la joven se tornó más bien en la viva muestra del terror, pero él estaba tan centrado en su felicidad que no lo notó.

Ese mismo día el futuro duque visitó a los padres de la dama y les expresó sus intenciones de matrimonio con la joven y, en la siguiente tarde, ella fue presentada a los padres del caballero. Se casarían en tan solo un par de días, ya que consiguieron una licencia especial; todo estaba listo.

Te espero en el lugar de siempre a las 3 de la tarde, tenemos que hablar.

Lady J.

Decía una nota que la joven le hizo llegar a su prometido; él, preocupado, no lo pensó antes de correr a su encuentro a la hora acordada, pero lo que nunca imaginó fue que ese mismo día ella le entregó el anillo que simbolizaba su próxima unión.

—Perdóname, pero no puedo casarme, no puedo unirme a un hombre cuando no puedo prometerle fidelidad y amor eterno, no soportaría tener una vida como la de cualquier aristócrata llena de falsedades e ilusiones, yo no soy la mujer para ti. —Jaime, aterrado ante la idea de perder a la mujer que amaba y a la única persona con la que se veía compartiendo su vida, negó y la tomó por la cintura.

—¿Qué? No, ¿por qué? No puedes estar hablando en serio, si hay algo que no te gusta podemos cambiarlo sin importar lo que sea, te lo ruego, piensa en mí y si no piensa en nuestro hijo, te amo con todo mi corazón y si no nos casamos, él o ella terminará siendo un bastardo, ¿es eso lo que quieres? —comentó aterrado en un intento por abogar a su sentido común y al amor que se profesaron en su momento, no podía creer que aquello le estaba sucediendo justamente a él que creyó que las cosas entre ellos no podían estar mejor.

—No puedo unirme a un solo hombre de por vida, quiero otro tipo de futuro para mí y no puedo ir en contra de mis propios deseos por un hijo que yo no planeé y que no deseo. —El miedo se apoderó del noble que aún no entendía lo que estaba sucediendo.

—¿Qué? No puedes estar hablando en serio, ese pequeño que tienes en el vientre también es mío. —Estaba desesperado ante la idea de perder a su hijo, ya no sabía qué clase de mujer era la que tenía en frente, por lo que no le quedaba más opción que proteger lo único que realmente era suyo: el bebé que crecía en su vientre.

—Una vez que nazca prometo hacerlo llegar hasta ti, eres libre de hacer con él lo que gustes. — Sin darle tiempo a reaccionar, ella se subió a su caballo y salió a todo galope; él quedó con la palabra en la boca, el corazón roto y la tristeza en su cuerpo. De todas las posibles noticias que imaginó, recibir ese día esa, sin duda, no era una de sus posibilidades. Reaccionó cuando la perdió de vista, la realidad le cayó encima, acababa de perderlo todo. No dudó en subir a su caballo e intentar alcanzarla, pero al llegar a casa de sus padres ella no estaba allí, nadie la había visto desde que salió después del almuerzo; esa fue la última vez que la vio.

La buscó durante los días y meses siguientes, escuchó que viajó a Francia para convertirse en una cortesana y, desesperado por encontrar a su hijo que para esas fechas ya debía haber nacido, viajó a aquellas tierras, siguió todas las pistas que tuvo a su alcance e hizo todo cuanto pudo, pero nunca la encontró, no volvió a saber de ella ni de su hijo, quedó sin vida ni ganas de nada; esa era su amarga tortura, el recuerdo de todos los sentimientos de los que un día disfrutó y el dolor de lo que un día perdió.

No volvió a creer en el amor, se prometió a sí mismo que no volvería a confiar en las palabras y las caricias de las mujeres mientras estas no fueran para proporcionarle placer; ese día se quedó sin corazón.

Después dedicó gran parte de su vida a viajar a cuanto destino encontrara, fue en uno de esos lugares en los que conoció a Adrián.

—Bueno, amigo mío, nunca se sabe qué puede suceder de aquí a un par de horas o días, tal vez encuentres una mujer a quien por puro placer preferirás que sea la única en tu cama —aseguró; él mismo había pasado por algo similar cuando conoció a su esposa, pasó de ser un hombre sin ataduras a convertirse en un esclavo de las curvas y el lecho de su mujer, y esperaba que su amigo experimentara el mismo sentimiento.

Compartieron un par de copas más y continuaron con una charla amena sobre temas poco relevantes como la posible adquisición de un par de caballos o un viaje a la casa de campo para evitar por un tiempo la temporada social en Londres, además del posible embarazo de lady Emily; hacía tanto que no conversaban con tanta familiaridad que aquellas horas parecieron minutos, notaron que la noche había llegado cuando uno de los sirvientes tocó la puerta avisando que la cena sería servida. Jaime rápidamente se despidió, pues prometió a sus padres estar presente para la cena, se subió a su caballo y salió a todo galope; fue una suerte que al llegar su padre estuviese en una reunión con uno de los arrendatarios, ya que tuvo el tiempo suficiente para limpiarse y

cambiarse de ropa. Al bajar al comedor ya todos empezaban a tomar sus lugares.

Su padre estaba a la cabeza, a su derecha estaba Jaime seguido por Isobel, su primera hija, a su izquierda la duquesa seguida por Clarie, su segunda hija, y, finalmente, estaba José, un pequeño de 13 años quien se suponía debería ser el conde de Grosvenor, un título heredado de uno de sus tíos que murió y no tuvo hijos a quien heredar. Jaime solo poseía el título hasta que él estuviese lo suficientemente grande como poder tomar posesión. Isobel tenía 21 años y estaba comprometida con un conde, y Clarie estaba en su segunda temporada social y ya tenía un pretendiente, por lo que se esperaba que siguiera los pasos de su hermana.

—¿Qué tal la tarde? —preguntó la duquesa una vez que los sirvientes terminaron de poner los platos sobre la mesa.

—¡Grandiosa! La modista trajo mi traje de novia y es realmente hermoso, estoy muy ansiosa de que llegue el momento de estar frente al altar —dijo Isobel con voz soñadora, robándole una pequeña sonrisa a su hermano mayor, él no podía estar más feliz de ver a su familia con tanta alegría.

—Eso es estupendo, pequeña —comentó su padre.

—¿Y tú, Jaime? —La duquesa tenía la mirada llena de curiosidad, su hijo no necesitó más para saber que ese encuentro familiar era una encerrona, algo tenían planeado sus progenitores y tenía la certeza de que no saldría bien de ello.

—Estuve en casa de Adrián Wadlow, estuvimos conversando y tomamos un par de copas con whisky, no fue una tarde especialmente interesante. —Miró a su alrededor como esperando encontrar una vía de escape, pero no encontró nada, era la primera vez en sus 32 años que veía todas las puertas del lugar cerradas durante alguna de las comidas, aquello solo empeoraba la situación.

—Hijo, con tu padre estuvimos hablando esta tarde y... —El duque, cansando de darle vueltas al asunto, la interrumpió.

—No pierdas el tiempo, Ana, es más fácil decírselo de una vez: exigimos que contraigas matrimonio antes de que la temporada termine, no importa a quién decidas darle tu apellido mientras provenga de una familia honorable y de alcurnia, y antes de que me des las mil y un razones por las que no piensas cumplir nuestros deseos, me veo en la obligación de amenazarte: si no te casas, ya que no puedo quitarte el título, sí puedo privarte de poseer los diferentes negocios que han permitido llevar una vida mucho más cómoda de la que te proveería ser un duque. —El primogénito jadeó, no podía creer lo que acababa de escuchar, las arcas familiares eran abundantes gracias a la inteligencia y astucia del duque para con las inversiones, todas eran exitosas y no poder tenerlas limitaría notablemente su vida.

—Padre, no puede estar hablando en serio.

—Oh sí, por supuesto que hablo en serio, bien sabes que puedo poner todo a nombre de tu hermano, no pienso esperar a que tengas 40 o más para verte casado, estás advertido. —Y continuó comiendo como si nada hubiese sucedido, el caballero tenía tanta rabia que rompiendo

todas las normas que en un momento le enseñaron se levantó y se fue, pero antes de que saliese del comedor su padre volvió a hablar—. Mañana, durante la velada, deberás escoger a la dama para darle el tiempo debido al compromiso y a la preparación de la boda; la paciencia se me agotó. — Su hijo negó y corrió escaleras arriba hasta su habitación.

Rabia era poco para lo que sentía en ese momento, él, todo un caballero y futuro duque, lo estaban obligando a casarse, ahora entendía lo que sentían las damas cuando un día aparecía frente a su puerta un hombre que aseguraba ser su prometido, era de lo peor, los recuerdos lo atormentaban.

Se sirvió un gran vaso con whisky y lo bebió de un solo trago, ni el ardor en su garganta mermó el dolor en su pecho, su corazón latía fuerte y sus manos sudaban, la idea de compartir su vida con una mujer lo aterraba, ¿y si quedaba embarazada? Ni siquiera sabía si en algún lugar del mundo tenía un bastardo haciendo Dios sabe qué cosa para sobrevivir, ¿cómo le explicaría eso a una dama? No soportaría volver a perderlo todo, hasta dudaba tener un corazón que entregar y siendo sincero consigo mismo la posibilidad de una unión por deber y no por verdadero placer se le tornaba deprimente.

Tomó la botella y bebió directamente de ella, no tardó en terminarla y ahí mismo destapó la otra que tenía en la pequeña despensa que él mismo se encargaba de surtir, ordenó que la colocaran allí sabiendo que en algún momento le daría buen uso y ese día había llegado; en menos tiempo del que imaginó ya estaba ebrio, no quería pensar en nada, mucho menos en las órdenes que su padre deseaba que cumpliera, no veía la razón de correr con la idea del matrimonio, no quería hacerlo, tener a la misma mujer en su cama por el resto de su vida lo único que lograba generar en él era tristeza, pues traía a su memoria muy malos recuerdos, de esos que te gustaría guardar en un cofre bajo llave y tirarlos al fondo del mar en donde nunca más los vuelvas a ver, ¿cómo es que sus padres no podían entender que el dolor de su traición seguía latente en su corazón? Por una razón las mujeres no estaban en su lecho por más de dos días, pero tampoco estaba dispuesto a perder su dinero.

Que Dios lo ayudara; durante la siguiente velada escogería una esposa.

Capítulo 2

La jaqueca que lo acompañaba al día siguiente era indescriptible, agradeció al cielo que ni los sirvientes ni su madre entrase a su habitación para abrir las cortinas; la tenue oscuridad que le hacía compañía permitía que su lamento fuese un tanto más soportable y llevadero, pero su garganta añoraba un poco de agua. Como pudo se levantó mientras con su mano derecha masajeaba su frente, y por el camino se encontró las botellas vacías y la poca ropa de la que se deshizo la noche anterior esparcida por el suelo; no quería ni mirarse al espejo, seguro que en ese momento parecía todo menos un conde y menos un futuro duque.

Fue hasta una de las mesas, agarró la jarra y sirvió agua en un vaso, la tomó de un solo sorbo y se despojó de su ropa hasta quedar en calzones, se puso una bata y tocó la campana; uno de los sirvientes no tardó en llegar, le preparó un baño y le trajo comida. Necesitó varias horas para reponerse y volver a ser el caballero que era. Cuando salió ya todos estaban en sus actividades cotidianas, hacía un buen rato que había pasado el desayuno y el almuerzo estaba por ser servido.

No tenía muchas ganas de estar con su familia, así que tomó su caballo y salió a galopar por Londres, pasó por Hyde Park y saludó a varios conocidos y señoritas que se cruzaron por su camino; cabalgar lo ayudaba a tranquilizarse y olvidar por un rato todo lo que estaba sucediendo en su vida familiar, incluso le hubiese gustado ir a buscar a su gran amigo, pero él estaba celebrando el embarazo de su esposa y lo que menos quería era agobiarlo o molestarlo con ese tipo de problemas, después de todo, él también le dijo que en una esposa encontraría todo lo que tanta falta le hacía y seguro le diría que no todo es tan malo como parece, y eso es lo que menos quería escuchar en ese momento, además de que nada cambiaría su situación, esa misma noche terminaría casi comprometido.

Se saltó el almuerzo y volvió a la mansión poco después de que empezara la cena; ignorando la mirada reprobatoria de su padre, fue directo a su habitación y tras un baño corto y rápido se puso su traje. Un par de minutos después, ya estaba abajo con la mayor de sus hermanas del brazo, la menor se sentía un poco mal de salud; su padre llevaba a su madre de la mano.

—Será mejor que te comportes, Jaime, es una noche importante, en cuanto elijas puedes notificarme el nombre de la dama, será tu decisión si esperas a que yo me haga cargo del resto o si prefieres hacerlo tú mismo. —El joven se encogió de hombros.

—Cuando encuentre a la joven sabré la respuesta. —Durante el camino centró su mirada en la

ventana, no quería conversaciones por lo que no les dio la oportunidad de ello.

La celebración se realizaría en la mansión de los duques de Faithoug; sus fiestas siempre eran conocidas por la elegancia que los distinguía y en esa oportunidad no era diferente, todo estaba decorado en plateado y blanco, no había forma de describir tanta majestuosidad; la organización era perfecta y los invitados eran de lo más alto y selecto de la nobleza inglesa, por lo menos encontraría una esposa de buena familia.

Después de saludar a los anfitriones y a varios conocidos, fueron llamados al comedor, compartieron unas onces pequeñas, unas palabras del duque y pronto se encontraron en el salón listos para empezar, ya los músicos empezaban a ubicarse y las damas buscaban con quién compartir el primer baile; para Jaime escaparse del baile era imposible en su situación e Isobel no era una opción, pues ella estaba acompañada de su prometido. Buscó con tanto disimulo como pudo a una dama con quien de verdad se le antojase compartir ese momento, pero el problema era que a muchas mujeres las descartaba porque tenían rasgos físicos similares a los de su antiguo amor y no quería tener una tormenta bajo su techo por el resto de su vida, no podría cumplir con sus deberes conyugales con alguien que le recuerde a ella. A lo lejos vio a un viejo amigo y a su esposa, su primera opción fue pedirle permiso para bailar con su mujer hasta que su mirada se cruzó con una joven, solo veía su espalda, pero eso fue todo lo que necesitó para que llamara su atención, aun cuando intentó seguir buscando, siempre volvía a ella. Cuando giró un poco permitiéndole ver su perfil, estuvo seguro, sería ella.

—Madre, ¿conoces a esa joven? —le preguntó a su progenitora sin despegar la vista de la dama, no quería correr el riesgo de perderla de vista.

—Por supuesto, ¿deseas que te la presente? Solo he conversado una vez con ella, pero he escuchado que es toda una señorita. —El futuro duque asintió y, esperando que su madre siguiera sus pasos, se dirigió hasta ella quien conversaba con una mujer que creía era su madre, y solo cuando estuvo a no más de cinco pasos se giraron conscientes de que eran su centro de atención—. Hijo, permíteme presentarte a Lady Lizeth Hemsiley, vizcondesa de Beristed —la mujer mayor hizo una reverencia a la que el caballero respondió como era debido— y ella es Lady Rosabell Hemsiley, hija del vizconde de Beristed. —La reverencia de la joven fue un tanto más torpe dejando en evidencia sus nervios, algo que contrario a todas las posibilidades lo llenó de ternura—. Él es mi hijo, Jaime Liamberton, actual conde de Grosvenor y heredero al ducado de Westnster —finalizó la duquesa; antes de que Rosabell terminara de enderezar su espalda, él tomó su mano y dejó un beso en el dorso de esta.

—Es un placer, milady. —Su semblante se tornó rosado al notar que los ojos del conde y futuro duque no se apartaban de los propios, por lo que apartó su mano y sonrió.

—El placer es mío, milord. —Su voz salió fuerte y clara, sin rastro alguno de los mil y un sentimientos que tenían a su corazón latiendo tan fuerte como nunca imaginó que sucedería, ni siquiera cuando cabalgaba latía así.

—Si su carné aún no ha sido firmado, me gustaría disfrutar con usted del primer baile, prometo

traerla sana y salva junto a su madre. —La aludida sabía que negarse era prácticamente imposible, no por su madre, ella nunca la obligaría a hacer algo que no deseara, sino por todos los presentes, incluyendo la madre del futuro duque, sería vergonzoso y un completo escándalo declinar con tantos ojos sobre ella a la expectativa de una respuesta.

—Será un placer —respondió con timidez mientras su corazón latía como loco, se sentía incómoda en esa situación.

Mientras los músicos se preparaban para tocar, el caballero le tendió su mano y ella, tras pensarlo un momento, aceptó, le dedicó una pequeña sonrisa a su madre y siguió al conde por entre los demás invitados; podía sentir las miradas llenas de curiosidad e incluso las que solo tenían envidia y malos deseos, cierta parte de ella los entendía, después de todo ella nunca había destacado en nada desde que fue presentada en sociedad una temporada atrás y de un día para otro despertaba la atención de uno de los caballeros más deseados de Londres. Si ella hubiera sido de esas mujeres enloquecidas por conseguir un gran partido, habría tomado la misma actitud, pero nadie menos interesado en casarse que ella.

Para cuando los primeros compases de la melodía empezaron a resonar por el salón, ya la pareja estaba posicionada en la pista lista para bailar, no era un vals, pero era el primer baile de la joven.

Rosabell no era una mujer de extrema belleza, no tenía las conocidas y deseadas características de la mujer inglesa; su cabello era castaño claro con ligeros y no muy notables toques de rubio, sus ojos eran de un extraño tono verdoso que a veces era confundido con el azul, sus curvas no eran precisamente delicadas, pues poseía un busto que aunque no era grande sí resaltaba haciendo que su cintura estuviese un tanto más marcada, aunque, lo que más resaltaba en su rostro, era el lunar junto a su boca, pequeño pero sí un gran contraste con la blancura de su piel.

—¿Se siente bien, milady? —preguntó cuando ya habían empezado a moverse al ritmo de la música.

—Perfectamente, milord —respondió un tanto seca y agresiva, actitud que fue imposible que el noble no notara.

—No lo parece, lady Hemsley, siéntase en la libertad de decirme lo que siente o lo que la incomoda, le aseguro que si el problema soy yo no me sentiré ofendido de ninguna manera —le aseguró esperando establecer una conversación de verdad. Jaime quería conocer un poco más de ella, de su forma de pensar, de su actuar, quería saber qué tipo de persona y de mujer tenía en frente.

—Le aseguro que no es así y en caso tal le afirmo que usted no sería el causante de sentimientos como los que imagina. —Bajó la mirada en un intento por evitar los ojos de su pareja y de los invitados.

—No se moleste en ello, milady, soy plenamente consciente de que por muy noble o futuro duque que sea puedo no ser del agrado de muchas personas, y puede tener la tranquilidad de decírmelo, no soy tan delicado como para sentirme ofendido por ello, de hecho, prefiero que me

digán la verdad sin tapujos por muy cruel que sea. —La aludida lo miró con una ceja elevada y un poco de diversión; era curioso escuchar a un caballero de su posición hablando así, imaginó escuchar esas mismas palabras en cualquier otra persona, excepto en alguien como él.

—¿Aun si esa verdad le hiere el ego? —preguntó con valentía aguantándose la timidez que la impulsaba a quedarse en silencio. El aludido soltó una carcajada.

—¿No me conoces y ya aseguras que tengo un gran ego? Vamos, al menos dame el beneficio de la duda, puedo ser mejor persona de lo que te imaginas. —La joven sonrió.

—Lo lamento, pero no recuerdo conocer un solo noble que no tenga el ego por el cielo, muchos creen que por tener un título y dinero están por encima de muchos y se creen mejor que todos, es difícil pensar que usted siendo todo un conde y futuro duque es la excepción a la regla. —Un par de giros los alejó unos segundos, por lo que la conversación se detuvo, pero, en cuanto se acercaron, él continuó.

—Bueno, no sería inteligente de mi parte decir que esa regla no aplica para mí porque siempre abogaré por mí mismo, sin embargo, ruego una oportunidad para demostrarle quién soy —ella asintió.

—Bien, estoy de acuerdo.

—Entonces, ¿puedo persuadirla a pasear por Hyde Park o a beber una taza de té? Si no le gusta ninguna de las dos ideas, es libre de opinar o proponer alguna otra. —Rosabell se sentía realmente sorprendida ante la actitud del noble, no imaginó que él sería así, tan comprensivo, dispuesto a conversar y escuchar su punto de vista; le gustaba, se sentía muy bien a su lado, tal vez con un poco más de tiempo entraría en confianza.

—En la propiedad de mi padre hay un lindo lugar que me gustaría mostrarle, iremos a caballo y allí podemos tomar unas pequeñas onces mientras conversamos, ¿le parece bien mañana a eso de las 2 de la tarde? —él asintió alejando los recuerdos tanto como le fue posible y centrándose en su realidad, en el momento, de nada le servía seguir lamentándose por el pasado, se limitaría a cumplir con su deber: encontrar una mujer que le hiciera compañía por el resto de su vida y que le diera herederos, aquello no implicaba comprometer su corazón por lo que no correría peligro alguno y su futuro sería casi perfecto.

—Será un placer acompañarlo, prometo estar muy puntual frente a su puerta. —Los padres de la joven eran muy tranquilos, por lo que estaba segura de que no pondrían problema alguno con su compromiso.

—Bien —comentó dando por finalizada la conversación; giró el rostro y sus ojos se encontraron con la cara de una debutante que se podía decir la estaba matando con la mirada, así que de inmediato volvió a mirar a su acompañante; era una vista mucho más agradable que la que tenía a su alrededor; era un hombre muy apuesto.

—¿Tiene hermanos? —preguntó el conde continuando la conversación, aún le quedaban varios minutos juntos.

—Así es, tengo dos hermanos, ambos mayores, aunque no creo que los conozca, no suelen

frecuentar Londres, prefieren disfrutar de la casa de campo familiar. —Jaime no recordaba conocer ningún Hemsley que no fuese la vizcondesa y la mujer con la que bailaba, por lo que prefirió cambiar el tema, era muy poco lo que podría decir de aquellos a quienes no conocía y probablemente no conocería en un futuro cercano si los caballeros en cuestión no frecuentaban Londres.

—Yo tengo un hermano y dos hermanas, tal vez conozca a Isobel —ella negó.

—Nunca he hablado con ella, solo la vi en una oportunidad durante mi primera temporada social, el mismo día que conocí a su madre, pero ella no estaba lo suficientemente cerca como para ser presentadas. —Lord Grosvenor le restó importancia encogiéndose de hombros.

—Podemos tomar el té en mi hogar, allí podrá conocerla, no es porque sea mi hermana, pero es una mujer muy agradable. —Aunque él no fuera de los que demuestran cariño, amaba a su familia con todo su corazón, daría todo por ellos, además que Isobel fue su confidente y amiga cuando más lo necesitó; saber que ahora estaría al cuidado de otro generaba cierta tristeza en su interior, pero la dejaría ir gustoso porque tenía la certeza de que sería feliz.

—Me encantará conocerla. —Ella le sonrió y él se tomó un momento para detallar su rostro; su sonrisa combinada con su perfección le cortó la respiración y de inmediato apartó la vista.

Guardaron silencio durante el resto de la danza, aunque ello no los limitó para compartir un par de pequeñas sonrisas que lograron que los pocos minutos que les quedaban juntos estuviesen llenos de comodidad y tranquilidad. Cuando la música se detuvo, realizaron la debida reverencia, la joven tomó el brazo del caballero y este la llevó hasta donde se encontraban la vizcondesa y la duquesa, quienes mantenían una agradable conversación sobre la posible unión de sus familias gracias a sus hijos. La duquesa no podía estar más a gusto con la elección de su hijo, Rosabell era una joven dulce y educada, era justo lo que Jaime necesitaba para recordar lo que era sonreír de verdad; él sería feliz.

—Madre, habla con padre, quiero que ella sea mi esposa, mañana iré a verla y cabalgaremos un rato, después hablaré con su padre. Te aviso para que empiecen los preparativos —le comunicó una vez se alejaron de las damas.

—Jaime, ¿estás seguro? Aún puedes conocer un par de damas más —él negó; su instinto le decía que era la indicada y confiaba en ello, la historia sería muy distinta.

—Será ella, madre, no tengo nada más que pensar —concluyó.

El conde no tenía la intención de bailar con alguna otra dama y su madre deseaba conversar con sus amigas, por lo que fue hasta el salón de juegos y jugó a las cartas hasta que llegó el momento de partir de vuelta a casa.

Rosabell observaba su reflejo en el espejo mientras su mente traía los recuerdos de lo sucedido esa noche, fue una velada llena de sorpresas. Su doncella terminó de cepillar su cabello.

—Milady, es hora de que vaya a la cama —le dijo.

—Retírate, Sara, ve a descansar, no tienes de qué preocuparte, yo me haré cargo del resto. —Prácticamente la arrastró hasta la puerta y tras una pequeña sonrisa la sacó de su habitación; tras

tomar el cuaderno que mantenía escondido en su baúl, fue hasta su escritorio, agarró una pluma, tinta y empezó a escribir.

Lord Grosvenor es el hombre más apuesto que he visto en mi vida, su sonrisa es encantadora, sus ojos te atrapan con facilidad, es un caballero en todo el sentido de la palabra y es tan elegante e imponente que me deja sin aliento. Fue inevitable no haber estado a punto de morir de nervios, mis piernas temblaron desde el mismo instante en que lo vi acercarse, me sentí morir cuando tomó mi mano y la besó, aunque aún no entiendo qué fue lo que pudo llamar su atención. No tengo nada de especial, ni extrema belleza ni una gran dote, ¿será posible que esté interesado en convertirme en su esposa? Siempre soñé con casarme con un gran hombre capaz de todo con tal de hacerme feliz, conocer el amor, tener hijos y enseñarles a caminar y hablar, no veo la hora en que llegue mañana para conversar y ver cuáles son sus intenciones, solo espero no cometer ningún error, no puedo negar que mi débil corazón ya quedó lleno de esperanza después de ese baile.

Era su diario personal, había cosas que no se sentía capaz de hablar con su madre por vergüenza o privacidad, así que las escribía como si el papel fuese su consejero, eso le ayudaba a pensar, cada palabra expresaba sus sentimientos y pensamientos. Era su tesoro más preciado.

Siempre fue muy soñadora. Desde que aprendió a leer, su madre llenó sus tardes libres de libros, muchos de ellos sobre historia, arte, lenguas modernas o etiqueta, pero a veces la complacía con novelas de romance que alimentaban su espíritu y su corazón. Desde ese momento empezó a soñar con un apuesto caballero que la amara y le entregara su corazón, tal vez esperaba mucho de un mundo como el suyo en el que todo se basaba en dinero y posición, todo a su alrededor no era más que falsedad y apariencias, pero nada detuvo sus sueños, sus ansias, sus deseos, conocía personas que se habían amado y entregado en cuerpo y alma, así que su historia no podía ser la excepción, además de que sus padres le dieron la libertad de elegir si quería casarse o no y con quién lo haría, no desperdiciaría una oportunidad como esa teniendo en cuenta que muy pocas jóvenes tenían tal beneficio.

Fue hasta su cama, se cubrió con las mantas y suspiró, le esperaba un día muy importante y debía descansar para lucir hermosa y perfecta.

Capítulo 3

Después de desayunar dedicó toda la mañana a descansar en la comodidad de su habitación, hacía mucho que no se tomaba un par de horas solo para ella, así que hizo lo que tanto le gustaba: leer; tomó su libro favorito, ese que ya casi que se lo sabía de memoria, lo abrió en la primera página y suspiró cuando empezó a disfrutar de las palabras escritas que demostraban la perfección. Era una historia romántica, un regalo de su madre un año atrás cuando empezó su temporada social; aún recordaba sus palabras: “No importa qué apellido lleves, eres libre de soñar”. Entendió el significado de esas palabras al ver que el matrimonio no era más que un acuerdo muchas veces económico en el que, la mayoría de las ocasiones, la mujer es la menos beneficiada.

Almorzó en su habitación como cada día, su padre solía estar todo el día en su despacho, en casa de algún conocido o en cualquier lugar menos con su familia, al igual que su madre, quien prefería estar con sus amigas o comprando joyas y vestidos; era difícil creer que no era más que una vizcondesa, pero su esposo siempre fue todo un experto en negocios, por lo que las arcas familiares estaban bien dotadas.

Cuando la hora acordada se acercaba, con ayuda de su doncella se puso un lindo vestido para montar color azul, su sombrero y guantes a juego y pidió que les prepararan dos caballos, uno para ella y otro para su doncella que haría de carabina; ella misma se encargó de que le enseñaran a montar, quería tener una compañera siempre que se le antojara pasear un poco.

—Milady, lord Grosvenor la está esperando en la salita del té, los caballos están listos y su padre ordenó que un lacayo los acompañe para que ayude a su doncella con los animales —la aludida asintió, no tenía problema alguno con ello; aunque su padre no era el hombre más cariñoso del mundo, siempre se preocupó mucho por ella y por su bienestar, estaba al pendiente cuando se enfermaba, en su cumpleaños había un regalo especial esperando por ella en la sala de música y en varias oportunidades se paraba en la puerta a verla tocar el piano con una sonrisa curvando sus labios, incluso en una oportunidad le dijo que tenía mucho talento y que si llegaba a casarse esperaba no ser privado del placer de escucharla tocar, era lo más cercano a una muestra de cariño.

—Bien, ¿la canasta que llevaremos ya está lista? —preguntó; para el paseo que tenía en mente necesitaba unas pequeñas onces.

—Así es, milady, el lacayo se encargará de llevarla. —Ella sonrió.

—Gracias. —Se dio una última mirada en el espejo, le gustaba cómo lucía su cabello peinado hacia un lado, resaltaba su perfil, el blanco de su piel y el color de sus ojos, además que el azul era uno de sus colores favoritos porque le recordaba el cielo, ese infinito y maravilloso azul con blanco que la hacía sentir libre.

Al bajar el conde la esperaba en la entrada del salón, tenía un elegante traje de montar, se veía imponente, como todo un noble digno de su posición. Su mente voló hasta su libro favorito, que contaba la historia de un apuesto caballero que se enamoraba de una hermosa dama y vivían felices para siempre. Lo había leído tantas veces que ya casi podía decir que se lo sabía de memoria, en especial el capítulo en el que son presentados y deciden empezar a conocerse; el hombre que tenía en frente era justo como él: un gallardo hombre de hombros anchos y brazos grandes, mirada penetrante e imponente, un peinado que es el complemento ideal para su atuendo, la espalda siempre recta y un rostro serio dándole cierto toque de seriedad y misterio; aquello que mil veces te prohíben y que mil veces ansias conocer, alguien con quien gustosa irías al mismísimo infierno con tan solo pedirlo.

—Milord —hizo una reverencia—, espero que el paseo sea de su agrado —él correspondió a su saludo y tras ofrecerle su mano la llevó hasta la yegua que suponía sería su caballo; era un animal para admirar.

—Algo me dice que así será. —El lacayo que los acompañaría la ayudó a montar y partieron con un trote suave; el propósito era ir hasta un lindo prado no muy lejos de la mansión, que estaba lleno de flores que ella misma había plantado desde que aprendió de jardinería, porque a pesar de no fuera tan amante de la naturaleza, sí disfrutaba mucho de ella.

—Cuénteme algo sobre usted, lady Hemsley, una pequeña conversación puede hacer de nuestro trayecto mucho más agradable y placentero. —La aludida sonrió, por suerte la timidez no era una de sus características.

—¿Qué le gustaría saber?

—No lo sé, lo que desee contarme. —Fuera buena conversadora o no, ya estaba decidido que ella sería su esposa, por lo que para Jaime aquel paseo no era más que una oportunidad mutua de conocerse, así ambos tendrían al menos una ligera idea de lo que les esperaba; para aquel entonces ya no serían unos completos desconocidos.

—No hay mucho que decir sobre mi vida, usted tiene hermanas, así que sabe que la vida de una mujer es mucho más limitada que la de un hombre; tengo entendido, por lo poco que he escuchado sobre usted, que es un hombre al que le gusta viajar por el mundo, lo cual me parece maravilloso y apasionante, pero yo no he salido de Inglaterra, solo una vez fui hasta Francia a casa de una tía lejana y fue muy poco lo que conocí, mi vida se ha limitado a clases de etiqueta, historia, arte, lenguas modernas y música. —Para el conde fue interesante ver que aun cuando sus palabras podrían parecer tristes y desoladas, su rostro parecía tranquilo, alegre y hasta divertido, no se lamentaba por lo que no tenía, disfrutaba lo que la vida le dio, ya fuese poco, mucho o nada, eso le

gustó.

—Lo hace ver como si no fuese más que un mal momento, no una situación de vida —comentó él siguiendo el hilo de la conversación.

—¿De qué me sirve lamentarme por algo que nunca cambiará? —respondió con una sonrisa que generó en Jaime una energía indescriptible, era como si ese simple gesto hubiese despertado algo en su interior, un cosquilleo, un sentimiento, algo especial. Entrecerró los ojos y la miró con curiosidad.

—¿Y si encuentra un esposo que le conceda un poco más de libertad? —La aludida soltó una pequeña carcajada llena de burla.

—¿De verdad existe tal caballero? Permítame que lo dude, milord; tal vez no tenga experiencia en eso de las relaciones en pareja, pero lo que sí tengo muy claro es que encontrar un hombre que no me vea como una posesión a la cual debe mantener, lucir y embarazar es casi imposible, y sin que se ofenda, ¿acaso no es eso mismo lo que usted está buscando en una esposa? Yo lo único que pido en un esposo es respeto y cariño. —A pesar de ser una soñadora empedernida, sabía cuál era su posición en la sociedad, era extraño y difícil de entender, sus sueños de amor posiblemente nunca desaparecerían y seguiría suspirando por tener una historia como la que sus amados libros contaban.

—Bueno, eso es algo que no puedo negar, pero ¿qué hará cuando ya no soporte la posición que le obligan a tomar? —Ella se encogió de hombros.

—Aferrarme con todas las fuerzas posibles a lo que sea que le dé sentido a mi vida, ya sean los hijos, una mascota o una flor, cualquier cosa sirve. —Ya estaban cerca de llegar a su destino, por lo que ella aceleró un poco más el trote del caballo. Al llegar bajó del animal sin problema alguno y lo entregó al sirviente que iba con ellos.

—¿Y cómo puede saber que ese objeto o sentimiento es lo suficientemente fuerte como para opacar todo lo malo que la rodea? —Rosabell tomó la canasta que le entregó su doncella y empezó a sacar todo lo que había en el interior para organizarlo sobre la manta que había sobre el césped.

—Es usted mismo quien elige que tanta importancia le da a cada cosa, por ejemplo, —dejó a la vista un lindo brazalete que estaba cubierto por su guante del cual colgaba un pequeño dije con una extraña forma; él se acercó y lo tomó con su mano, era difícil saber de qué se trataba, pero ello no lo hacía menos fascinante, su forma y la curiosidad por saber cuál era su significado lo atraía—, esto puede que no sea muy valioso, no está hecho de algún material que se considere costoso ni posee piedras preciosas, pero este pequeño detalle me lo regaló el hijo de la mujer que me cuidó cuando era pequeña y solo por ello es aún más especial que cualquier diamante, esmeralda, rubí o zafiro, ¿ahora entiende por qué le digo que todo depende de uno mismo? ¿No tiene usted un objeto o incluso un recuerdo que haga que su corazón lata más fuerte? —El aludido frunció el ceño pensativo—. Si algún día lo encuentra se acordará de mí. —Tomó asiento sobre la manta y acomodó la falda de su vestido asegurándose de que no se viera más que sus zapatos.

—Tendremos que esperar entonces a que tal evento suceda, si es que algún día llega a suceder.
—Observó la manta por unos segundos antes de acompañarla.

—¿Le molesta el lugar? —preguntó su acompañante al ver cómo la incomodidad se reflejaba en el rostro del lord; tal vez no era lo más cómodo, pero el paisaje que tenían en frente hacía que cualquier molestia valiera la pena. Si entre sus cualidades se encontrara la pintura, de seguro ya lo habría dejado plasmado en un lienzo.

—No, es muy agradable, ¿cómo lo conoció? No creo que un paseo por el campo haya estado entre sus actividades curriculares —respondió. Rosabell tomó la canasta y sacó un par de panecillos que, tras ponerlos en un plato, le ofreció uno.

—Conocí este lugar cuando era pequeña, mi madre me trajo como regalo de cumpleaños, para esa época ya mi cariño por los animales y las actividades al aire libre eran más que evidente y ya que a mi padre no le agradaba la idea de verme subida en un caballo a todo galope me trajo hasta aquí, dijo que al menos así tendría un lugar secreto para practicar; es común encontrarme por aquí sin necesidad de acompañante —observó su alrededor y sonrió—, desde aquel entonces es mi refugio —concluyó; a pesar de no haber sido muy unida a sus padres o a sus hermanos, tenía una vida alegre y feliz gracias a sitios como esos y a la pequeña libertad que le otorgaron sus progenitores, no tuvo muchos limitantes en su vida.

—Debo suponer entonces que le agradan las actividades al aire libre. —Jaime se sentía incómodo, aunque intentaba disimularlo, era su deber acostumbrarse a la cercanía de la dama, después de todo, ella se convertiría en su esposa y eso es algo que le duraría toda la vida.

—Así es, me gusta mucho montar a caballo, caminar, los picnics, todo lo que implique estar afuera, además de los animales que también me fascinan, mis padres no me lo permitieron, pero me hubiese gustado tener un perro, tal vez, o cualquier mascota —él asintió dándole un mordisco al panecillo, por lo menos en eso coincidían, él tenía gustos muy similares.

—¿Y qué piensa del matrimonio? —Era una pregunta curiosa y casi estúpida teniendo en cuenta que aunque la dama no estaba enterada ya era su prometida y poco importaría si estaba de acuerdo o no con la unión, esa misma tarde hablaría con su padre y sería oficial, no estaba dispuesto a obtener un no por respuesta y cambiar de opinión no era una opción; tal vez las razones que lo llevaron a elegirla no eran las más indicadas, pero tenía la esperanza de que todo terminaría bien para ellos y al menos podrían tratarse como amigos, se daría por bien servido si no terminaran odiándose o tratándose como un par de desconocidos, aún tenían que procrear un par de herederos para el título.

—¿Qué puedo pensar? —La dama observó una pequeña flor amarilla que se levantaba orgullosa en medio del verde césped que los rodeaba, acarició los pétalos y sonrió, ansiaba volver al campo.

—Estoy seguro de que debe tener una opinión propia, todos la tenemos. —La aludida lo miró con curiosidad, no recordaba la última vez que le pidieron una opinión, ni siquiera recordaba si alguna vez se la habían pedido.

—Pienso que las mujeres nos vemos obligadas a tomar una posición un tanto injusta, después de todo somos nosotras las que damos la vida y aun así no nos queda más opción que esperar a que los demás decidan cuántos hijos y con quién los tendremos, ni siquiera podemos decidir sobre nuestro cuerpo. El matrimonio no es más que una manera de justificar todo esto, y el amor un sentimiento que nos permite soñar con algo mejor. —El lord evitaba mirarla, pero a veces era inevitable que sus ojos no buscaran los de ella, que no detallaran el brillo de su cabello, cómo sus ojos se veían un poco más claros gracias al sol, el tono rosado de sus mejillas y cómo solía morder su labio inferior antes de responder una pregunta.

—¿Usted no sueña con encontrar el amor?

—Por supuesto que sí, como cualquier dama que no tiene con qué más soñar, pero no estoy obsesionada con él, estoy dispuesta a acomodarme a lo que sea que la vida, mis padres o mi futuro esposo decidan para mí. —El conde era un caballero muy apuesto y nadie podría negarlo, pero no lo suficiente como para llevarla a ansiar su atención; si estaban destinados a terminar juntos nada ni nadie lo cambiaría.

—Eso suena un tanto melancólico, milady —ella negó.

—No es así, le puedo asegurar que es mejor de lo parece —comentó con una sonrisa pequeña y un tanto tímida.

Jaime pensó en avisarle o preguntarle su opinión sobre pedir su mano en matrimonio, sería lo más lógico después de escuchar sus palabras sobre el asunto, pero terminó desechando la idea, continuaría con el plan inicial y hablaría con el padre de la dama esa misma tarde para empezar a prepararlo todo. Pasaron juntos casi una hora conversando sobre banalidades y disfrutando de la comida hasta que el cielo se tornó oscuro, se acercaba una tormenta. Recogieron todo, subieron a sus respectivos caballos y emprendieron el camino de vuelta a todo galope en un fallido intento por no mojarse, pues al llegar sus ropas estaban empapadas.

—David, por favor que le preparen un baño caliente y le busquen algo de ropa seca a lord Grosvenor, no queremos que se enferme —ordenó ella a su mayordomo sin siquiera detenerse a preguntarle si deseaba quedarse, no podía dejarlo ir así o bien podría terminar enfermo. Subió casi corriendo hasta su habitación y sin esperar a su doncella, como pudo, empezó a deshacerse de su vestido, se puso un camisón seco, se envolvió en una manta y se sentó cerca del fuego. Nunca fue muy aficionada a que alguien la ayudase a vestirse y desvestirse, por lo que evitaba tales servicios siempre que podía, como en esa oportunidad.

Quitó las pocas horquillas que aún sostenían su cabello, tomó el cepillo y con toda la paciencia del caso empezó a cepillarlo; más pronto de lo que imaginó, ya su cuerpo había entrado en calor, su cabello estaba completamente seco y terminó cayendo profundamente dormida.

Jaime fue atendido por varios sirvientes durante el baño con agua caliente, le consiguieron un poco de ropa y le ofrecieron una de las habitaciones para que descansara mientras la lluvia disminuía. Esta estaba ubicada en la segunda planta de la mansión y, tras estar varios minutos mirando la pared esperando que pase el tiempo, se cansó de no hacer nada por lo que salió a

recorrer la casa.

Se encontró con varios sirvientes por el camino que se ofrecieron a traerle lo que gustase, pero él, tras declinar el ofrecimiento, continuó; una puerta ligeramente abierta llamó su atención, no había nadie en el pasillo, por lo que abrió haciendo el menor ruido posible, supuso que era la habitación de una mujer, ya que todo estaba decorado en colores claros y rosados. Recorrió el espacio con la mirada, la cama estaba vacía, pero podía distinguir un pequeño bulto en uno de los sofás frente a la chimenea; se acercó sigilosamente y observó a la mujer que se convertiría en su esposa; era muy hermosa, sus facciones eran delicadas, un rostro angelical, unos labios rosados y tentadores, su cabello y esa mirada que podría enamorar a cualquiera. En momentos así lamentaba que una dama con su dulzura terminara unida a un hombre como él que solo podía ofrecerle comodidades, no sentimientos. Se acercó y se agachó, acarició su mejilla y su mentón, se inclinó un poco más y unió sus labios en un tierno y delicado beso.

Capítulo 4

Aunque ella se removió inquieta, no se despertó y ya que no quería molestarla y mucho menos despertarla; salió de la habitación tan silenciosamente como entró y escuchó la puerta, así que bajó encontrándose con el vizconde de Beristed.

—Lord Grosvenor, no sabía que era invitado en nuestro hogar —dijo el vizconde al verlo en lo alto de las escaleras; hacía ya varias horas que su hija había salido a cabalgar con él, por lo que no imaginó que se lo encontraría en la mansión.

—Espero que no le moleste, lord Beristed, pero la lluvia nos sorprendió a mitad de camino y, por cuestiones de salud, su hija, lady Hemsley, me ofreció hospedaje mientras la lluvia menguaba y ropa seca ya que vine a caballo —el vizconde asintió entregándole sus guantes y sombrero a su mayordomo; era extraño tener al conde en la mansión, no solían recibir muchas visitas y mucho menos cuando estas habían sido motivadas por su hija que nunca fue muy dada a reuniones sociales, de hecho ella era todo lo contrario, prefería estar en casa ya fuera leyendo, en el jardín o en la sala de música.

—Por supuesto que no me molesta, usted es muy bienvenido, ¿puedo ofrecerle una copa de oporto o whiskey tal vez? —El conde llegó hasta donde se encontraba su anfitrión.

—Claro, además que me gustaría cruzar un par de palabras con usted, es un asunto privado y de suma importancia —el aludido asintió y lo llevó hasta su despacho, allí sirvió dos copas de oporto y se sentaron el uno frente al otro con un enorme escritorio de madera oscura de por medio; la chimenea estaba encendida por lo que la habitación estaba cálida, la bebida solo terminó de elevar la temperatura de Jaime lo suficiente para que estuviese completamente cómodo.

—Usted dirá, lord Grosvenor. —Esa fue la forma más sutil de invitarlo a hablar; ahora que lo pensaba mejor, no entendía cómo es que su hija no se puso algo seco y bajó a atender al conde; hablaría con ella sobre el asunto, aquello no era digno de una anfitriona.

—Supongo que teniendo en cuenta la invitación que le hice a su hija para cabalgar juntos el día de hoy estará al tanto del interés que tengo en ella, verá, a la edad en la que me encuentro es mi deber como conde y futuro duque casarme y tener herederos y, aunque no hace mucho que conozco a lady Rosabell, siento que ella podría ser una gran esposa. —El padre de la joven sonrió emocionado, sabía que la belleza de su hija y toda la inversión en sus estudios no serían en vano y le traerían un gran esposo; su hija sería duquesa.

—Rosabell es toda una dama muy bien educada —corroboró.

—Así es, por lo que pido su autorización para cortejar formalmente a su hija —él asintió sin siquiera dudarle, seguro de que nadie se negaría ante tal solicitud.

—La tiene, tiene mi autorización para cortejar formalmente a Rosabell. —Levantó su copa—. Un brindis. —No se atrevió a formularlo, ya que no quería parecer imprudente y esperaba que fuera el heredero quien lo formulara según sus deseos y perspectivas ante la situación, lo que además le serviría para hacerse una idea de lo que podía esperar con tal cortejo.

—Por su hija —fue lo único que dijo Grosvenor antes de chocar las copas y beber todo el contenido de la suya de un solo sorbo.

Estuvieron conversando durante varios minutos mientras la lluvia disminuía, lo que tardó mucho más de lo esperado. Llegada la hora de la cena, el conde se adecentó tanto como le fue posible teniendo en cuenta que no contaba con sus ropas hechas a medida, sino que usaba unas prestadas. En el salón saludó a la vizcondesa y al segundo hijo, según entendió el mayor y heredero de los Hemsley aún estaba en la casa de campo de la familia; Rosabell asistió usando un lindo y elegante vestido color lila que resaltaba sus senos gracias a las pequeñas flores que tenía en el borde de su escote y a la forma en que enmarcaba su cintura para luego dar paso a la falda; era uno de sus favoritos.

—Milord, lamento mucho haberlo dejado solo al regresar a la mansión, me costó un poco de trabajo entrar en calor y no habría sido agradable atenderlo en medio de estornudos y escalofríos. —El aludido le restó importancia y encogió uno de sus hombros.

—No se preocupe por ello, milady, la entiendo perfectamente, y no tiene de qué preocuparse, los sirvientes me atendieron muy bien. —Ella sonrió y continuó con su comida.

—Rosabell, ya que eres tú quien interviene en la conversación me complace informarte que el conde ha solicitado mi permiso para cortejarte formalmente y se lo he dado —le informó con una tranquilidad increíble; para su hija era algo que podía marcar su vida para siempre y su progenitor lo decía como si estuviese hablando del clima, aquello la hirió un poco, pero se limitó a asentir y a fijar la mirada en su plato, ya no era capaz de consumir bocado alguno, de hacerlo posiblemente terminaría devolviéndolo todo y aún no podía escapar a la seguridad de su habitación.

Los demás continuaron conversando sobre distintos temas, pero la joven no prestó atención a ninguna de sus palabras, no era capaz de dejar de pensar en lo que podía significar un cortejo y posible boda con el conde, no lo conocía y era muy poco lo que sabía de su forma de pensar o de actuar, por lo que se le hacía difícil hacerse una idea u opinión sobre el asunto, aunque se suponía que ese era el propósito del cortejo, pero supuso que algo debía atraerle de él teniendo en cuenta que soñó que la besaba mientras dormía.

Esa tarde cuando se sentó frente al fuego para entrar en calor y terminó cayendo en un profundo sueño, sintió que alguien entraba en su habitación; sus ojos estaban cerrados y no era consciente de todo lo que sucedía a su alrededor cuando sintió unos delicados y suaves labios posicionarse sobre los suyos. En un intento por despertar, logró ver a lord Grosvenor salir de su habitación a

pasos silenciosos; todo fue demasiado borroso e irreal, por lo que lo consideraba un simple sueño que supuso fue causado por la tarde que compartieron juntos durante su pequeño picnic, porque por muy soñadora que fuera estaba segura de no haber enloquecido por él con tan solo un par de encuentros y unas pocas y vanas conversaciones sin importancia.

Desde que la temporada social empezó, su madre se encargó de llevarla a cuanto baile, cena, onces, picnic o cabalgata los invitaran, tantos como les fue posible; era una actitud normal en madres con hijas en edad casadera y no la culpaba, después de todo lo único que ella deseaba era su felicidad y estabilidad y eso era algo que no se podía conseguir si no se la proporcionaba un caballero; el problema con su progenitora radicaba en que a pesar de haber conocido varios nobles apuestos, de gran familia y con dinero, ninguno de ellos le interesó lo suficiente como para darle más atención de la debida, por lo que si alguno de ellos sentía la más mínima curiosidad por ella pronto perdían el interés y centraban su atención en alguna otra dama; ello era un aliciente más a la incomodidad que sentía con su nuevo cortejo, ni siquiera todas las lecciones y clases recibidas durante años la prepararon para eso.

—Milady —llamó su atención el sirviente; solo entonces levantó la mirada y notó que ya todos habían terminado y que su padre pidió que recogieran los platos y sirvieran el postre; ella se disculpó con una sonrisa y todo continuó como si nada hubiese sucedido.

Una vez terminada la cena y aprovechando que los caballeros se retiraban al despacho para beber una copa y fumar un poco, Rosabell se retiró a su habitación en cuanto tuvo la oportunidad.

Con ayuda de su doncella, se preparó para dormir y le pidió que en caso de que alguno de sus padres solicitase su presencia les dijera que no se sentía bien y se encontraba descansando, cosa que en realidad no era falsa; una vez sola tomó uno de sus libros favoritos y tras cubrirse con una manta se sentó tan cerca de la ventana como le fue posible, le gustaba la vista que tenía al jardín; su libro era ya un viejo aliado, las hojas estaban un tanto gastadas, por lo que lo abrió con delicadeza en la página que relataba el día en que el caballero declaraba su amor a su dama, su amor eterno.

Soñaba con el amor como muchas damas, pero algo le decía que debía conformarse con un hombre que la tratase con respeto.

Al día siguiente despertó con la noticia de que había recibido un regalo por parte de Grosvenor, se trataba de un libro de poesía, pergaminos y una pluma; estos dos últimos objetos llamaron su atención, no eran regalos comunes entre una pareja, además traía una pequeña nota escrita a mano, quería pensar que había sido él mismo quien la escribió:

Querida lady Rosabell:

Espero que se encuentre mejor de salud, creo recordar que durante nuestro encuentro de la tarde anterior me dijo que disfrutaba mucho leer, por lo que he decidido regalarle estos escritos que mi hermana ha descrito como “apasionantes”, son sus favoritos, espero con ello puedan tener un tema de conversación en común, disfrútelo.

Me gustaría invitarla a caminar por Hyde Park esta misma tarde, estaré esperando su respuesta,

pasaré a recogerla en mi calesín a la hora que considere pertinente.

Lord Grosvenor

Teniendo en cuenta que estaba obligada a participar de su cortejo, no tuvo más opción que aceptar su invitación, y esa solo fue la primera de muchas. Durante los siguientes días fue invitada a varios eventos por parte del conde y cuando coincidían en algún baile, algo que increíblemente solía suceder más seguido de lo que se podría pensar, no se separaba de su lado, por lo que eran muy pocas las oportunidades que tenía para bailar con otro caballero.

La invitación más importante llegó dos semanas después de haber iniciado el cortejo, pues conocería a toda la familia del conde durante la cena. Ese día usó su mejor vestido y su doncella se esforzó bastante con su peinado y preparación. Cuando llegó el momento lucía como toda una dama digna de ser parte de la realeza, incluso su piel tenía cierto olor a flores, aún no entendía cómo es que su doncella lograba cosas como esas; las jóvenes en edad casadera debían usar sus ropas en colores claros, pero ese día ella vestía un traje rojo con negro que sin duda la haría resaltar; era un tanto arriesgado presentarse ante la familia de Grosvenor usándolo, pero ya que tenía la oportunidad demostraría quién era aunque fuera con pequeños detalles que para algunos podrían ser insignificantes, pero que para ella eran esenciales.

—No creo que ese sea el atuendo adecuado, Rosabell, seguro que encuentras algo más que usar para la cena —comentó su padre al verla bajar por las escaleras con su vestido rojo. El vizconde siempre había sido un hombre muy tradicional y aunque intentaba no entrometerse en ello, en ese momento, fue inevitable, ansiaba que el cortejo llegase a feliz término en una boda.

—No digas sandeces, ella es libre de usar lo que desee, además luce muy hermosa —comentó la vizcondesa defendiendo a su hija y lanzándole un pequeño guiño lleno de complicidad, de hecho, fue ella quien la convenció de pedirle ese vestido en especial y se le veía aún mejor de lo que imaginó; el día que le trajeron un par de telas para renovar su armario al empezar la temporada, Rosabell estuvo curioseando entre ellas y la tela roja en contraste con su piel la resaltaba, atraía la mirada, la hacía lucir realmente hermosa.

—Sabes que la sociedad no es tan benevolente y no quiero que sea mi hija la que ande de boca en boca por chismes malintencionados —argumentó el vizconde, pero ya era tarde, ellas no lo estaban escuchando y ya lo esperaban en el carruaje; la invitación era para los tres.

La casa de los duques de Westnster quedaba a poco más de una hora, sin embargo, en el camino, no intercambiaron palabra alguna y cada uno se centró en sus propios pensamientos. El vizconde tenía varios negocios entre manos, por lo que gastaba sus energías pensando en cómo aumentar sus ganancias; la vizcondesa imaginaba cómo sería la vida de su hija cuando se casara con lord Grosvenor y se convirtiera en condesa y futuro duquesa, tenía grandes planes para ella. Y Rosabell no podía dejar de pensar en el pequeño perro que encontró abandonado durante uno de sus paseos, lo tenía escondido en los establos, pero ya le urgía encontrarle una solución duradera.

Según su análisis, el perro no debía ser más que un cachorro, era muy juicioso y calmado, todo un juguetón y dormilón, ya que después de jugar solía quedarse dormido en sus piernas y hacía

ruidos extraños cuando le rascaba la panza. Si llegaba a casarse debía encontrar la forma de llevarlo con ella, no estaba dispuesta a dejarlo en casa de sus padres porque estaba segura de que a la primera oportunidad lo tirarían a la calle una vez más, aunque de ello se preocuparía cuando recibiera una proposición de matrimonio.

—Bienvenidos, los duques y sus hijos los esperan en el salón para las onces —dijo el mayordomo dándoles la bienvenida; los llevó hasta el salón en donde Jaime se encargó de hacer las debidas presentaciones.

—Él es mi padre, su excelencia, Josue Liamberton, duque de Westnster, mi madre, Emmaline Liamberton, duquesa de Westnster. —La joven hizo una reverencia perfecta después de que sus padres fueran debidamente presentados—. Y ellas son Isobel y Clarie Liamberton, mis hermanas, y finalmente él es José Liamberton. —La joven terminó un tanto aturdida después de tantas presentaciones, además que la elegancia de la familia de Jaime era abrumadora—. Familia, él es lord Carlos Hemsiley, vizconde de Beristed, su esposa, lady Lizeth Hemsiley, vizcondesa de Beristed, y ella es Rosabell Hemsiley. —La mirada del conde fue muy significativa al pronunciar su nombre, lo que generó un ligero cosquilleo en el vientre de la aludida, aunque ello no evitó que su comportamiento fuera como el de toda una dama.

—Es un placer —comentó con dulzura.

—¡Me encanta tu nombre! Rosabell, ¿te molesta si te llamo por tu nombre de pila? Es que, aunque no nos conocemos, siento como si ya fuésemos amigas —dijo Isobel acercándose y tomándola del brazo y llevándola hasta uno de los sofás.

—Hija, por favor, no la aturdas que puedes asustarla —le pidió la duquesa a Isobel al verla casi apoderándose de la atención de la joven invitada; ese fue un detalle que ni todos los años de clases pudo corregir, era parte de su naturaleza, era una mujer muy enérgica y alegre.

—Madre, solo quiero una nueva amiga —se defendió batiendo sus pestañas con falsa inocencia.

—No se preocupe y no me molesta que me llame por mi nombre si a usted no le molestaría que yo haga lo mismo, además puede que sí terminemos siendo grandes amigas —intervino Rosabell tras una pequeña risa; nunca imaginó que la hija de unos duques podía ser tan dulce y agradable.

—¡Grandioso! Por cierto, me encanta tu vestido. —En ese momento se formaron pequeños grupos que pronto se enfrascaron en sus propias conversaciones. Aunque prestaba atención a las palabras de su padre y del vizconde, los ojos de Jaime pronto volaron hacia la joven de cabello claro y ojos de ese hermoso azul verdoso. Ella atraía su atención de una forma casi inexplicable, le gustaba ver lo expresiva que era; la expresión de su rostro podía cambiar en un abrir y cerrar de ojos dejando en evidencia su respuesta u opiniones incluso antes de que pronunciara palabra alguna, algo que le gustaba, nunca podría mentirle.

Pronto el mayordomo anunció que la cena estaba lista y pasaron al comedor, allí mantuvieron una conversación más técnica en la que los principales participantes fueron los caballeros, ya que el tema giraba en torno a los diferentes negocios, consejos económicos y posibles acuerdos que

beneficiarían a ambas familias mientras que las mujeres se miraban entre sí lanzándose pequeñas sonrisas llenas de complicidad con la promesa de una conversación de mujeres.

—Ella me agrada, parece una gran mujer —fue lo único que le dijo la condesa a su hijo mayor al acercarse a él después la cena; eso fue todo lo que Jaime necesitó para terminar de convencerse de que era la indicada.

Capítulo 5

Pasado el tiempo del cortejo, Jaime llegó a casa del vizconde y se reunió primero con la joven.

—Milord, no esperaba verlo el día de hoy —dijo Rosabell al verlo esperándola en la entrada, no se acostumbraba a sus visitas repentinas que cada vez eran más frecuentes con la excusa de cualquier invitación.

—Espero no molestarla, ¿podríamos caminar un poco en el jardín? Me gustaría hablar algo con usted, en privado —la aludida asintió y lo guio hasta la salida trasera al jardín y desde allí hasta el centro de este en donde estarían a la vista de todos; en ese lugar había unas sillas para disfrutar del lugar con comodidad.

—Espero que no sea nada de gravedad, milord, está usted muy serio el día de hoy, ¿pasa algo malo? ¿Algo en lo que pueda ayudarlo? —el conde negó.

—Nada de lo que deba preocuparse. —La joven frunció el ceño.

—Entonces, ¿a qué se debe su visita? —Él tomó su mano derecha entre sus manos y acarició el dorso de esta con delicadeza, nunca se imaginó proponiéndole matrimonio a una mujer, siempre pensó que hablaría directamente con el padre de la dama y que fuera él quien se encargara de informarla, pero ahora que la conocía un poco más se le hacía algo un tanto injusto con ella teniendo en cuenta que sería ella quien llegara al altar.

—Quiero pedirle que se case conmigo, milady, quiero que se convierta en mi esposa, en mi condesa y mi futura duquesa. —Rosabell se quedó sin palabras, su corazón empezó a latir muy fuerte, sus manos sudaban y su cuerpo temblaba; aunque sabía que ese momento podía llegar, era imposible estar lista para la idea de casarse y tener hijos, mucho más cuando después de semanas siendo cortejada por el hombre en cuestión aún no se imaginaba viviendo una vida a su lado; no quería ser condenada a un matrimonio basado en apariencias mientras que en la realidad son las amantes el centro de la felicidad de un esposo, pero había un problema: no podía negarse.

—Me siento honrada, milord. —No tuvo voz para pronunciar algo más, aún no terminaba de recuperarse de la sorpresa que le ocasionó la noticia, no sabía qué sentir al respecto.

—¿Entonces puedo hablar con su padre con la tranquilidad de que mi proposición es bien recibida y la respuesta es afirmativa? —Jaime no sabía qué pensar, por primera vez desde que la conoció su rostro no tenía expresión alguna, lo que además de sorprenderlo de sobremanera lo dejaba un tanto perdido, tenía la esperanza de que tantas tardes y compromisos juntos al menos

sirvieran para que lo considerase su amigo; toda una vida junto una persona que ni siquiera soporte tu presencia o cercanía no era buena idea.

Rosabell lo miró a los ojos y se tomó un par de segundos para imaginarse su vida a su lado, sería un buen compañero, disfrutaba de su compañía y de las conversaciones que a veces compartían, no todo sería malo, pero ¿y si él le era infiel? Tenía tantas preguntas que no se atrevía a hacer.

—Así es, gracias, milord. —Aun corriendo el riesgo de parecer grosera y maleducada, se puso de pie y sin detenerse a hacer reverencias volvió a la mansión, subió a su habitación y se encerró allí.

Jaime la vio desaparecer por la puerta de entrada y suspiró seguro de que eso había sido lo más difícil; decidido a empezar de nuevo, volvió a la mansión y fue directamente en busca del vizconde quien por suerte se encontraba en su despacho para ese momento, él lo atendió de inmediato haciéndolo pasar y ofreciéndole una copa.

—No, muchas gracias, pero las razones que me traen hasta aquí son de suma importancia por lo que prefiero seguir sin beber. —Se acomodó en una de las sillas frente al enorme escritorio y soltó los botones de su chaqueta buscando un poco de comodidad; era inevitable no sentirse nervioso cuando estaba a un segundo de definir su futuro, y no era que estuviese dudando de que ella fuese la mujer correcta, cualquiera que no tenga el más mínimo parecido con sus recuerdos era perfecta, solo que aún no podía creer que sus días de soltería y diversiones de cama en cama llegaban a su fin, desde ese momento en adelante estaba obligado a ser mucho más discreto con sus relaciones.

—Usted dirá, lord Grosvenor, ¿en qué puedo servirle? —El aludido dejó de pensarlo tanto y solo respondió.

—Quiero pedir la mano de su hija en matrimonio. —Los ojos del vizconde brillaron ante la emoción que le provocaba la noticia. Rosabell acababa de atrapar un excelente partido, un conde que muy pronto se convertiría en duque, no podía estar más complacido.

—Por supuesto, milord, entonces, bienvenido a la familia. —El conde se puso de pie y le dio un fuerte estrechón de manos.

—Gracias. Un mes es tiempo suficiente para todos los preparativos, estoy seguro de que mi madre y mis hermanas estarán felices de ayudar a lady Beristed con todo lo que puedan necesitar, esta misma tarde hablaré con ellas para darles la noticia, dejo a su criterio la fecha, ahora si me disculpa tengo otro compromiso. —Salió de la mansión, subió a su caballo y fue hasta uno de los clubs para caballeros, ahí se encontró con Andrew quien lo esperaba con un whiskey en su mano derecha y unos documentos en su mano izquierda, ahora que tendría una esposa y, posiblemente, en un futuro cercano, hijos, lo mejor era asegurarles un futuro de comodidad y tranquilidad.

Ese día no solo fue el principio de su vida en pareja, sino también financiera, pues era el primer acuerdo económico que él organizaba y participaba sin que haya derivado de los negocios de su padre, tenía toda su fe puesta en el dinero que estaba a punto de invertir y en la esposa que

estaba por adquirir, quería confiar en que su vida mejoraría.

Poco más de un mes después, Jaime estaba frente al altar viendo cómo su prometida y futura esposa caminaba hacia él del brazo de su padre, lucía muy hermosa con aquel vestido azul cielo y su rostro ligeramente cubierto con un velo blanco y pequeñas flores bordadas en el mismo tono de su traje; el conde nos sabía cómo eran los ángeles, pero de seguro que debía ser algo similar a la visión que tenía en ese momento, cada día estaba más convencido de que Rosabell sería una esposa perfecta.

—Cúidala —fue lo único que dijo el vizconde ante de poner la mano de la joven sobre la suya; Rosabell, durante todo el camino al altar, permaneció con el rostro bajo, con los ojos clavados en el suelo, solo en el instante en que sus manos se unieron y la ceremonia comenzó, se atrevió a levantarlo, sus ojos se conectaron creando un ambiente especial entre ellos.

—Acepto —susurró ella con el corazón latiéndole como un caballo desbocado.

—Los declaro marido y mujer, puede besar a la novia. —Grosvenor se acercó y dejó un pequeño y fugaz beso sobre sus labios; era oficial, ahora ella le pertenecía.

Se realizó una pequeña celebración en casa de los duques y padres del novio en la que habían muchos más invitados de los que la novia quería contar. Muchos la felicitaban por la suerte que tuvo al atrapar a un excelente partido como lo era el futuro duque, otros la miraban con un tanto de envidia mientras que el resto la observaban como si intentaran encontrar algo interesante, algo que explicase por qué fue elegida, pero siempre terminaban con una rostro lleno de confusión, pues no tenía facciones especiales ni ojos que resaltasen, era solo una dama que aunque se podría considerar “hermosa”, era algo más de lo mismo, no había nada de diferente o que la hiciera única.

Llegado el momento adecuado, los novios se despidieron y subieron a su carruaje. Jaime tenía una casa de soltero, pero ese lugar quedó descartado desde que pronunció el “acepto” frente al altar y vivir con sus padres no era una opción, por lo que vivirían en la mansión que le otorgaba el condado, pasarían allí dos días y luego emprenderían un viaje a la casa de campo que sería lo más cercano que tendrían a un viaje de bodas.

Ordenó a todo el personal que se fueran a dormir; el único despierto en la mansión era el mayordomo y una vez los condes se dirigieron a su habitación, él hizo lo mismo.

—No es el momento adecuado para mostrarte la mansión ni el personal, les pedí que se fueran a dormir porque no quería agobiarte de más con tantos nombres y tantos rostros, así que mañana a primera hora los conocerás a todos y te presentaré como mi esposa, la señora de la casa —le dijo Jaime al entrar tras ella a la habitación principal, podía notar sus nervios, sus manos se movían y su pecho subía y bajaba mucho más rápido de lo usual; quería saber cómo calmarla para que entrara en confianza porque aunque ya había estado con una mujer virgen, quería que todo fuese distinto, su esposa merecía ser la única en su cabeza esa noche, por lo que pondría todo de sí mismo para que fuera lo menos incómodo posible.

Él era un amante experimentado y eso no era un secreto para nadie, muchas mujeres habían

pasado por su cama y ninguna de ellas tuvo queja alguna durante sus noches de placer, pero la situación con esas mujeres a con su esposa era muy distinta, con ellas todo se basaba en sexo, básicamente solo era placer, mientras que con Rosabell lo único que necesitaba era procrear un hijo que heredase su título y que le diera continuidad al apellido familiar.

Se acercó a la pequeña mesa que tenía en el rincón y en dos vasos sirvió un poco de oporto, tomó uno para él y le tendió uno a su nueva esposa.

—Tal vez es una bebida un poco más fuerte de lo que estás acostumbrada a beber, pero Pruébala. —La joven la recibió, no había dicho ni una sola palabra desde que subieron al carruaje y entraron al que sería su nuevo hogar, imaginó que antes de reunirse con él a solas en la habitación tendría un poco de privacidad y la asistencia de una doncella que la ayudase a quitarse el vestido y prepararse para la gran noche, pero no, estaba a solas con su esposo y con el cuerpo tan rígido que apenas si podría moverse, no sabía qué hacer ni decir, se sentía fuera de lugar. Cuando estaba en la escuela en varias oportunidades le dijeron que una vez casada su esposo iría a su habitación y se encargaría de todo mientras ella se movía lo menos posible, ¿cómo se suponía que no se moviera? Si tan solo tuviera una pequeña idea de lo que estaba por venir entonces todo sería diferente y no estaría tan asustada.

Respiró profundo y le dio un pequeño sorbo a la bebida que terminó quemando su garganta a su paso, aunque no le molestó el sabor ni el ligero calor que empezó a sentir en el cuerpo gracias a la bebida.

—¿Podría ayudarme, milord? —preguntó llenándose de valentía y dándose la vuelta mostrándole los botones del vestido a lo largo de su espalda; su cuerpo aún temblaba, pero entre más pronto empezara más pronto sabría qué era todo ello, además no podía evitarlo, era su obligación cumplir con sus deberes como esposa y su intención era comportarse como una verdadera dama.

—Por supuesto. —Jaime dejó el vaso sobre una de las mesas, se acercó y poco a poco empezó a desabotonar su vestido con mucha lentitud tomando el tiempo para disfrutar cada segundo cerca de ella, al terminar, la prenda cayó a sus pies; el conde ya había olvidado lo que se sentía temblar al desnudar una mujer, pero sus manos lo delataban y cierta parte en su anatomía estaba cada vez más adolorida al ver la hermosa diosa que tenía en frente; su esposa era mucho más encantadora y hermosa de lo que alguna vez imaginó, su corazón latía con fuerza y sus manos temblaban ansiando recorrer cada centímetro de su piel, sintió unos inmensos deseos por besarla de pies a cabeza, por conocer sus puntos débiles, quería llevarla al éxtasis y conocer cómo era ella en medio del placer, añoraba todo de ella y estaba dispuesto a darle todo de él, el problema era que en ese momento entendió que ella tendría un poder enorme sobre él y ya que no quería que su historia se volviese a repetir, él mismo se encargaría de construir un muro entre los dos, quizás necesitase una amante mucho más rápido de lo que imaginó.

Continuó desvistiendo a la joven, pero había dejado la delicadeza a un lado, aunque no llegaba a lastimarla físicamente cada vez que la iba dejando un poco más desnuda hacía que sus miedos y

nervios fueran en aumento.

Cuando lo único que cubría su cuerpo era el camisón, Jaime se alejó y dándole la espalda empezó a desvestirse. Rosabell, como pudo, caminó hasta la cama y se recostó en ella, pero, sin darle tiempo a prepararse, su esposo se acomodó sobre ella y empezó a besarle el cuello; sintió cómo su esposo tomaba el borde de su camisón y lo subía hasta su cintura, pudo sentir sus manos apretando sus senos sobre la prensa y una pequeña presión en el centro de su feminidad, pero estaba tan nerviosa que lo único que sentía era dolor.

—Respira profundo —susurró él en su oído instantes antes de empezar a adentrarse en su interior provocándole un gran dolor; su esposa no gritó, pero con las manos aferradas a las sabanas sus ojos se llenaron de lágrimas, no estaba lista para recibirlo.

Grosvenor estaba siendo un completo imbécil y era muy consciente de ello aunque intentase simular que solo le importaba su propio placer; bien sabía que antes de adentrarse en su cuerpo debía prepararla, con su primera prometida había sido todo delicadeza y amor mientras que con ella no fue más que una bestia. Debía hacer que sus músculos se relajaran y así el éxtasis sería mutuo y el dolor que ella sentiría sería mínimo, pero no quería crear ese tipo de vínculo entre ellos, así que se comportó como todos los aristócratas que usan a su esposa para engendrar hijos mientras ellas no conocen lo es hacer el amor. Su esposa era tan estrecha y deliciosa que se sentía en el mismo paraíso mientras que con cada movimiento se adueñaba de su cuerpo.

Al llegar al orgasmo, Jaime se quedó completamente quieto durante unos instantes esperando que su respiración se normalizara al igual que su cuerpo, subió sus manos de los pechos de la dama al rostro y quedó paralizado al sentir las lágrimas mojando sus mejillas, levantó el rostro y pudo ver que Rosabell tenía los ojos cerrados con fuerza, mordía su labio inferior y todo en ella demostraba dolor; no pudo soportarlo, salió de su cuerpo, se levantó, se puso una bata y salió de la habitación como alma que lleva el diablo.

Lady Grosvenor, con el cuerpo tembloroso y adolorido, bajó su camisón, tomó las mantas de la cama y se cubrió con ellas, limpió su rostro, cerró sus ojos con fuerza e intentó dormir. Si esa era la vida de casada que le esperaba solo rogaba al cielo quedar en embarazo pronto, solo así dejaría de visitar su lecho.

El conde fue hasta su despacho y se sentó en un cómodo sofá con una botella con whiskey en la mano y se ahogó en sus desgracias; en medio de la noche y cuando ya no era consciente de sus actos, fue hasta su escritorio y del primer cajón sacó aquella gastada y arrugada carta que en más de una ocasión estuvo a punto de quemar, pero que siempre terminaba guardando como su más grande tesoro, ¿cómo no hacerlo? El día en que Janeth se fue su corazón se fue con ella dejándolo casi sin vida, ella era su todo y, cuando acabó, lo dejó sin nada, no tenía nada que ofrecer a su esposa, fue muy egoísta de su parte obligarla a vivir un futuro como el que le esperaba a su lado.

Querido amor:

Sé que debí escribirte hace muchos meses atrás, pero no tenía la valentía para hacerlo, tuve que pedir muchos favores para poder escapar y desaparecer de tu vida y la de mi familia sin dejar rastro

alguno para que tus muchos detectives me encuentren; aunque lamento mucho haberte causado tan dolor, nunca habría podido hacerte feliz. Solo espero que encuentres en brazos de otra mujer lo que yo no pude darte, aunque no puedes olvidar que tu corazón siempre será mío y no pienso compartirlo.

En cuanto a nuestro hijo, porque tuvimos un niño y se llama Jaime, como tú, puedo asegurarte que está en perfectas condiciones, es muy grande y saludable, tiene tus ojos, solo puedo pedirte perdón por no cumplir con la promesa de enviarlo a tus brazos al nacer, pero es que no tuve la valentía de dejar ir lo único que me quedó de ti, lo cuidaré bien.

Te amo y te amaré siempre, Jaime, fuiste mi primer amor, volverás a saber de nosotros.

Siempre tuya,

Janeth

No necesitaba leerla, se la sabía de memoria. De eso hacía más de seis años y no sabía nada ni de ella ni de su hijo; volvió al sofá y se abrazó al papel hasta caer dormido.

Capítulo 6

Al siguiente día la luz que se filtraba por las ventanas despertó a la condesa; su cuerpo estaba muy adolorido, en especial su intimidad, pero al ver a la mujer frente a ella sonrió con educación como si nada estuviese sucediendo.

—Lady Grosvenor, mi nombre es Leya y el conde me designó como su nueva doncella. —Era una mujer joven, aunque no podía verle muy bien el rostro, ya que estaba cabizbaja.

—Buen día. —Aunque le gustaría decirle que la dejara sola un poco más y que no corriera a asistirle mientras ella no la llamara, no podía hacerlo, era nueva en la mansión y no podía llegar a cambiarlo todo solo porque no se sentía cómoda siendo atendida por tantas personas como si ella no fuese capaz por sí misma de vestirse o peinar su cabello, por lo que solo suspiró y se llenó de paciencia, pronto se sentiría más cómoda—. Por favor, prepárame un baño caliente, ¿en dónde se encuentra Lord Grosvenor? —La condesa se levantó, tomó su bata y se cubrió; lastimosamente era algo normal que una esposa no supiera en dónde pasaba la noche su esposo, por lo que evitó ruborizarse al ser consciente de la pequeña mancha de sangre en su camión y en las sábanas.

—Milord se encuentra en su despacho, ¿gusta que lo llame? —ella negó.

—Yo lo haré, ¿podría llevarme hasta allí? —la mujer asintió y salió de la habitación seguida de su señora, bajaron a la primera planta y la doncella la dejó frente a una de las puertas de madera, después de agradecerle y sin detenerse a tocar, solo abrió, el olor a alcohol la rodeó de inmediato y con solo unos pasos ya estaba en el interior. Pudo verlo tendido sobre uno de los sofás, era obvio que estaba ebrio, pero cuando estaba por salir y volver a la habitación, un papel en el suelo llamó su atención; dejándose llevar por la curiosidad, se acercó, lo tomó y lo leyó, decir que se quedó sin habla y casi que sin respiración era poco, su esposo tenía o tuvo un amorío con alguien llamada “*Janeth*”, con quien además tenía un hijo que se llamaba igual que él. No entendía, ¿por qué se casó con ella si estaba enamorado y además tenía un hijo? Sus ojos se llenaron de lágrimas y con rabia arrugó el papel, se lo tiró al pecho y salió corriendo de allí; el conde estaba tan dormido que ni siquiera lo notó.

—¿Se encuentra bien, milady? —preguntó Leya al verla entrar con los ojos cristalizados, pero la aludida solo asintió, se desvistió y se sumergió en el agua caliente con la esperanza de relajarse y que el dolor en su cuerpo y en su alma disminuyera.

Su noche de bodas fue mucho peor de lo que alguna vez pudo llegar a imaginar, no entendía

cómo existían mujeres que se arriesgaban incluso a perder su buena reputación con tal de compartir el lecho de un hombre si aquello no era más que dolor e incomodidad; aunque no estaba enamorada sí tenía al conde en un lugar especial, a su parecer, siempre fue un caballero en todo el sentido de la palabra y tan apuesto y atento que casi era un sueño que se fijara justamente en ella. Quiso pensar que la eligió por alguna razón, por algo especial, no por una simple obligación y porque ella era una buena candidata, y aunque no esperaba tener toda una historia de amor como la que siempre imaginó sí creyó que serían buenos amigos y se respetarían mutuamente, pero un hijo y un verdadero amor lo cambiaba todo.

Se demoró mucho más de lo que debía, pero el agua estaba tan refrescante que fue imposible salir antes; se puso un lindo vestido color amarillo con flores color naranja en toda la falda y mangas con encaje, dejó que su doncella peinara su cabello hacia un lado y bajó a desayunar. En cuanto se sentó en el comedor, su esposo entró intentando mitigar la luz que cegaba sus ojos, tenía un dolor de cabeza infernal.

Para Jaime despertar fue una agonía, tardó varios minutos intentando abrir los ojos y varios más alisando y doblando su amada carta para después guardarla perfectamente doblada. No recordaba mucho de la noche anterior desde que había salido del lecho de su esposa, pero no podía creer que hubiese arrugado el papel de esa forma.

—¿Cómo estás? —preguntó a su esposa tomando asiento en la cabeza de la mesa y pidiendo que le trajeran algo de comer. No tenía la ropa apropiada, pero estaba en su casa, así que no le importaban las normas de etiqueta allí.

—Muy bien, milord, gracias por preguntar —respondió con un tono de voz un tanto agresivo—. ¿Puedo retirarme? Me gustaría comer en el jardín. —Aunque no se lo dijo directamente, era obvio que lo que no quería era estar cerca de él, y Jaime lo entendió a la perfección, por lo que asintió dejándola ir. ¿Qué se suponía que tenía que decir después de haberla lastimado? Fuera o no su deber como esposa, esa no fue la forma correcta de compartir su lecho y él no se estaba comportando como un verdadero recién casado.

Para Rosabell tener que pedir permiso hasta para retirarse de la mesa era como si una daga se incrustara cada vez más hondo en su corazón; quería soledad, necesitaba pensar y llenarse de valentía.

—Que me preparen el baño y tengan la casa limpia, después de prepararme quiero que llamen a mi esposa y le digan que la espero en la habitación, después de ello estarán todos en el jardín trasero para que ella los conozca —ordenó el conde a nadie en específico, ya que tenía su vista clavada en el plato frente a él. No necesitaba mirar a los ojos a cada uno de sus sirvientes para que ellos entendieran que la orden iba para todo el personal.

Tal como lo dijo, terminó de comer y subió a prepararse, no tardó mucho en el proceso, pero mientras esperaba a su esposa fue hasta su caja fuerte y tomó aquel objeto.

—Milady, lord Grosvenor la está esperando hace unos minutos y a él no le gusta esperar —dijo Leya a su señora evidentemente preocupada; aunque su señor era un buen hombre, todos en la casa

sabían de primera mano que cuando se enfurecía era para correr. Rosabell soltó un bufido y asintió.

Subió las escaleras hasta la habitación a la que empezaba a temerle, incluso se tomó un par de segundos frente a la puerta antes de atreverse a tocar.

—Diga. —Ella abrió la puerta y lo vio en medio de la habitación tan elegante como siempre, casi parecía ser el hombre con el que se casó de no haber sido por los recuerdos de la noche anterior en esa misma cama.

—Milord, ¿me mandó llamar?

—Así es, pero ven, acércate, y ya que somos esposos puedes dejar de llamarme “milord”. —Su esposo le tendió la mano y tras una pequeña duda ella la tomó acercándose a él.

—¿Cómo le gustaría que lo llamase? —Jaime no tenía muy claro cuál era su intención con lo que estaba haciendo, tal vez era una sutil forma de pedirle perdón por lo que sucedió la noche anterior o tal vez solo quería recordarse que Rosabell, la mujer que tenía en frente, era la única mujer que debería importarle y por la única que debería preocuparse. Lo mejor era dejar el pasado atrás y enterrar los recuerdos de una vez por todas.

—No soy yo quien debe elegir, ¿cómo te gustaría llamarme, Rosabell? Por cierto, me encanta tu nombre. —Era la primera vez que ella escuchaba su nombre salir de sus labios y sonaba mucho más sensual de lo que debería, fue imposible no sonreír y que sus mejillas se ruborizaran.

—Supongo que Jaime estará bien —susurró nerviosa; esa pequeña parte del matrimonio sí empezaba a gustarle, ese pequeño momento en que él la trataba como a una verdadera mujer. Cuando la trataba con gentileza y educación, esperaba que, con un poco de cariño, con un hombre así no lamentara un futuro porque esos recuerdos son los que llenarían su corazón para siempre, no importaba si eran pocos.

—Bien, como gustes. —La llevó hasta el enorme espejo que había en una de las paredes y se ubicó tras ella—. Esta no es una joya de la familia ni del condado, pocos días antes de la boda pasé por una joyería y en cuanto lo vi supe que debía ser para ti, solo tu belleza podría hacerle honor a algo así. —Puso frente a ella una cajita alargada. Rosabell lo miró emocionada mordiendo su labio inferior, le costaba creer que era cierto.

—¿Un regalo? —preguntó sorprendida.

—Por supuesto, eres mi esposa y mereces esta joya y más. —La condesa, con manos temblorosas, tomó la caja y la abrió, frente a sus ojos apareció un hermoso collar con aretes a juego, pero lo que más resaltaba era la piedra en el centro de un curioso color verde azulado; los aretes tenían una igual, aunque más pequeña.

—¡Oh, por Dios! ¡Es hermoso! —Nunca tuvo muchas joyas, y aunque su madre siempre estuvo empeñada en comprarle, no tenía una razón específica, pero esa en especial le encantó.

—La piedra es muy rara, según me dijeron es muy difícil de encontrar y es especial además, ya que el color es tan extraño y maravilloso que me recordó a ti, por eso supe que debías tener algo tan especial colgando de tu cuello. —Rosabell no podía dejar de sonreír, decir que se sentía

emocionada era poco ante todo lo que experimentaba en ese instante, ya ni rastros quedaban de la pésima noche que tuvo, hasta el dolor acaba de extinguirse para ser sustituido por la alegría y verdadera felicidad, incluso la carta que leyó desapareció de sus recuerdos.

—Es realmente hermoso, gracias, Jaime; ¿me ayudas a ponérmelo? Quiero ver cómo se me ve —el conde asintió, de inmediato tomó la caja y tras sacar las joyas con mucha delicadeza se las ayudó a poner, le quedaban aún mejor de lo que imaginó al comprarlas.

—Perfecto —murmuró cerca de su oído mirando sus ojos a través del espejo.

Lord Grosvenor sintió que la emoción lo invadía al ver el rostro de su esposa radiante de felicidad, sus ojos volvían a brillar como aquel día en el que la conoció.

—No podremos hacer nuestro viaje de bodas de inmediato porque tengo unos asuntos que me retienen en Londres durante poco más de una semana, pero puedo prometerte que después podremos ir a donde gustes, si quieres podemos viajar durante un mes entero, puedo mostrarte muchos lugares que conocí durante mis recorridos. —La joven se giró quedando frente a frente, puso sus manos sobre el masculino pecho y asintió, no había palabras para describir cómo se sentía.

—Esa idea me encanta.

—Muy bien, lady Grosvenor, ha llegado la hora de presentarle al personal de la mansión, tengo un par de propiedades más incluyendo una casa de campo, pero esas te las mostraré después. —Tomados de las manos salieron de la habitación y fueron hasta el jardín trasero en donde ya todos los sirvientes esperaban—. Para quienes aún no lo saben, ella es mi esposa, Rosabell Liamberton, condesa de Grosvenor, mi condesa. —Todos los presentes hicieron una reverencia ante ella y poco a poco su esposo fue presentándoles a todos, primero el mayordomo, después el ama de llaves, después la que sería su doncella, aunque a ella ya la conocía, la cocinera y así hasta la última persona.

Después del almuerzo Jaime le dio un recorrido por toda mansión, incluso accedió a hacerle su propia biblioteca que además funcionaria como su despacho privado en el que él tendría la entrada prohibida. Acordar aquello no fue sencillo y le costó varios ruegos, sonrisas y pequeños y fugases besos, pero valió la pena.

—Aún no puedo creer que accedí a darte una biblioteca privada, es mi casa y no creo poder entrar allí, no me parece justo —comentó él con diversión durante la cena.

—Por supuesto que es justo, tu despacho es tuyo y yo no tengo mucho que hacer allí, la biblioteca es parte de la casa y de los dos, por lo que no podría personalizarla a mi gusto, mientras que si me haces una propia que, aunque no esté tan equipada como la general, sabré que allí adentro todo es mío. —Él cortó un trozo del pavo y lo metió en su boca tomándose un momento para saborear el exquisito manjar del que disfrutaba, tenía una de las mejores cocineras de todo Londres.

—Como mi esposa deberías saber que todo lo que es mío también es tuyo, esta mansión, todas mis tierras, caballos, todo es tuyo. —Rosabell suspiró.

—Es muy distinto, quisiera poder explicarlo, pero no tengo cómo, solo puedo decirte que de verdad quiero tener un lugar en la mansión que pueda considerar como mío. —Él lo pensó por un momento. Aunque ya había dado su palabra y estaba dispuesto a cumplirla, prefería intentar convencerla de lo contrario, no le gustaba la idea de tantos cambios en la mansión.

—¿Qué tal tu habitación? Esa puedes decorarla como gustes. —Las mejillas de la condesa se tornaron rosadas y sus ojos se clavaron en su plato.

—No puedo prohibirte la entrada a mi habitación, sería como decirle que no puede visitar mi lecho a menos que yo se lo autorice —explicó con un tanto de vergüenza, no solo porque ese no era un tema de conversación cómodo para ella sino porque si de ella dependiese no volvería a compartir el lecho con su esposo nunca más, volver a experimentar tal dolor era lo que menos quería, pero no era algo que pudiera evitar.

—Bueno, en eso tienes razón; ¿sabes qué? No te preocupes, mañana a primera hora puedes pedirle ayuda a Henry, el mayordomo, pídele todo lo que necesites y puedes empezar con la decoración de tu salita privada. —La joven se dejó llevar por la alegría y, sin pensarlo mucho, se lanzó sobre él y en presencia de todos los sirvientes dejó un beso sobre sus labios. Jaime por un momento se sorprendió, pero luego solo sonrió y continuó con su cena, su esposa era muy voluntariosa cuando se sentía emocionada.

—Gracias, significa mucho para mí.

Llegado el momento cada uno se retiró a sus respectivas habitaciones, quedaban una junto a la otra y las unía una puerta de madera oscura; la habitación de la señora de la mansión había sido decorada en tonos blancos y rosados, era un lugar muy hermoso y femenino. Leya la ayudó a prepararse para irse a dormir. Cuando ya estaba con un simple camisón y bata, su doncella estaba por empezar con su cabello, pero Rosabell la detuvo—. Lo haré yo misma, gracias —dijo para luego cepillar su cabello por sí sola; ese fue uno de los mejores días de su vida.

Jaime sirvió un poco más de oporto en su vaso y lo bebió de un solo trago, estaba sentado sobre su cama, tan pensativo que incluso se deshizo de su ayuda de cámara ansiando un poco de soledad.

Pensó en entrar a esa habitación y demostrarle a su esposa lo placenteras y maravillosas que pueden ser las noches de pasión entre un hombre y una mujer, pero hacer el amor con Rosabell solo terminaría de corroborar su teoría: ella tenía mucho poder sobre él. Su parte racional le repetía una y mil veces que lo que vivía con su esposa en nada se parecía a lo que vivió con Janeth, empezando por el hecho más importante: Rosabell ya era suya en todos los sentidos de la palabra, su mujer; nada ni nadie podría alejarla de su lado, la historia no se volvería a repetir, pero abandonar a una persona no era la única forma de romperle el corazón a un pobre hombre enamorado, y es que ese era el propósito: no enamorarse de ella, aunque algo en su interior le decía que empezaba a perder la batalla.

Bebió casi la mitad de la botella y aún estaba sobrio, se acercó a la ventana y observó la luna fascinado ante su esplendor y brillo; ella era la única testigo de la agonía que vivía en medio de la soledad de una mansión tan grande, ella lo acompañó en las innumerables noches en las que bebió

hasta más no poder esperando con ello acallar los gritos de su cabeza y su corazón, intentado silenciar los recuerdos, las preguntas.

—Lo siento, Rosabell, pero no puedo condenarte a una vida a mi lado, no cuando no tengo nada que ofrecerte. —Esa noche ideó un plan, era perfecto y así ella no tendría que estar condenada y él estaría en la libertad de ahorrarse en su desgracia solo.

Capítulo 7

Aunque no estaba ebrio, no tenía el mejor aspecto para presentarse frente a su esposa y no quería asustarla, así que terminó de desvestirse y pronto cayó en un profundo sueño.

A la mañana siguiente se levantó mucho más temprano de lo que acostumbraba, se puso la bata y tras ir hasta una de las ventanas y disfrutar de la luz natural del día, antes de ser consciente, sus pies ya se movían hacia la puerta que conectaba su habitación con la de su esposa; abrió siendo tan silencioso como pudo, tal como aquel día en el que la encontró acurrucada en una silla frente al fuego después de terminar completamente mojados, solo que en esa oportunidad ella estaba acostada sobre la cama plácidamente dormida; las mantas que la cubrían se bajaron hasta su cintura y a través del camisón podía ver sus pezones elevándose orgullosos, no podía creer que por imbécil y bestia aún no conocía el cuerpo de su mujer, tocar sus senos no podía igualarse con verlos, acariciarlos, besarlos; su esposa despertaba sus instintos con una habilidad sorprendente.

Se acercó y se sentó en el borde de la cama, ese pequeño movimiento la despertó y, asustada, al verlo en su habitación, sus reflejos la llevaron a cubrirse con la sábana.

—Creo que no deberías tener miedo, no de mí, estamos casados —dijo él tomando la sábana e impulsándola hacia abajo. A Rosabell no le quedó más opción que ceder y asentir aunque su incomodidad quedaba más que clara, no estaba hablado que él llegara a su habitación tan de repente, mucho menos iba a esperar que al despertar lo tendría justo en frente, además que al parecer no llevaba camisón porque aun con la bata puesta podía ver el masculino pecho del conde aunque evitara hacerlo.

Se sobresaltó al sentir la mano de su esposo sobre su hombro, pero respiró profundo cuando él la movió hasta llegar a su cuello y bajar al medio de sus pechos en donde tomó el cordón del camisón y lo soltó; Rosabell cerró sus ojos con fuerza esperando su siguiente movimiento, pero el cosquilleo en su cuello provocado por el sonido de su voz cerca de su oído la hizo temblar.

—Tú solo tranquilízate —susurró antes de tomar el lóbulo de su oreja entre sus dientes y darle un pequeño y sensual mordisco logrando que su esposa por primera vez soltase un pequeño y apenas audible gemido, y ese fue el paraíso.

Con mucha delicadeza se recostó sobre ella y, negándose a despojarla de su camisón, besó cuanta piel tuvo a su alcance mientras sus dedos se dedicaban a darle un par de caricias a sus senos que pronto dejaron a su esposa suspirando de placer, y solo cuando ella subió sus manos y

se aferró a su cuello con fuerza, supo que lo estaba disfrutando; como pudo, sin dejar de besarla, se deshizo de su bata y los calzones para luego bajar su mano hasta el centro de su feminidad, quería a su esposa lista para recibirlo.

La condesa se sobresaltó al sentir la mano de su esposo vagar por un lugar tan privado, pero pronto todos sus sentidos se vieron nublados por una sensación indescriptible, era un cosquilleo en la parte baja de su vientre que a la vez se combinaba con un gran temblor que empezaba justo en donde Jaime acariciaba y pronto se extendía por todo su cuerpo, decir que se sentía volar era poco.

Jaime no se atrevió a despojarla por completo de su camisón y verla completamente desnuda, estaba seguro de que no soportaría una tentación tan grande, pero cuando la sintió lista para recibirlo se posicionó entre sus piernas y la penetró con mucho cuidado y delicadeza; la joven soltó un pequeño gemido y su rostro delató el placer que sentía. Una vez seguro de que ella no sentía dolor, empezó a moverse, por sus gemidos y caricias sabía que lo estaba disfrutando y no era la única, solo debía moverse un poco más y llegarían juntos al orgasmo aunque él ya estaba cerca, pero entonces recordó que su única obligación con ella era embarazarla y no debía importarle su placer, por lo que solo se dejó llevar llegando al clímax solo y dejando a Rosabell con la necesidad de algo que no conocía.

Cuando su esposo se retiró de su cuerpo, se sintió vacía, incompleta y se podía decir que un tanto frustrada, no sintió el más mínimo dolor y hasta estaba segura de haberlo disfrutado, pero fue como haber estado cerca de una cima y cuando se disponía a saltar simplemente no pudo dejando su cuerpo en tensión. Se sintió confundida al entender qué era lo que deseaba y el sentimiento solo aumentó cuando fue consciente de que no era una duda que pudiese compartir con su esposo, él ni siquiera la miró, sino que de inmediato se puso de pie y volvió a ponerse la ropa tan rápido que no le dio tiempo de ver nada. ¿Acaso los amantes no compartían algo, aunque sea un par de palabras, después del lecho? La incomodidad pronto se adueñó de ella llevándola a tomar las mantas y cubrir su cuerpo aun cuando tenía su camisón.

—Vístete, pediré que sirvan el desayuno pronto. —Y volvió a su habitación como si nada hubiese sucedido, dejándola sola y sintiéndose cada vez peor consigo misma, ansiando poder decir “no” y hacer algo por su vida, por su felicidad y no por complacer a alguien más.

Olvidándose de la vergüenza, tocó la campanilla y su doncella no tardó en aparecer frente a su puerta, ella la ayudó a prepararse, pero cuando estaba por ponerle el vestido una marca morada en la parte superior de su seno derecho detuvo los movimientos de Leya.

—Milady, ¿se encuentra bien? ¿Pido que llamen al médico? —La aludida observó la marca en cuestión y se sonrojó. En medio del momento no fue consciente de ello, pero ya que su razón no se veía afectada por las caricias y atenciones de su esposo, recordó el momento justo en que él la mordió en medio de su encuentro amoroso, al menos estaba segura de que él sí lo había disfrutado.

—Me encuentro en perfectas condiciones, seguro me golpeé con algo y no me di cuenta, trae un vestido que me lo cubra. —Leya no parecía muy convencida con sus palabras, pero como buena

sirviente no dudó en cumplir las órdenes de su señora.

Cuando la boda se acercaba, su madre, la vizcondesa, se encargó de traerle vestidos nuevos que irían acorde con su nuevo título de condesa y de mujer casada; estos eran de colores más oscuros que los de una debutante y podían ser un tanto más reveladores y extravagantes, esa era una de las pequeñas libertades que gozaba desde que se convirtió en lady Grosvenor. Aunque no lucía mal con aquellos vestidos, los colores claros no eran sus favoritos y disfrutaba más de los que, a su parecer, mostraban su ser.

Ese día usó un vestido azul rey que contrastaba a la perfección con el collar que le regaló su esposo el día anterior, y un peinado que resaltaba su cuello y la hacía lucir mucho más alta fue lo que terminó de complementar.

Al bajar al comedor principal, ya su esposo estaba comiendo, pero en cuanto se sentó los sirvientes no tardaron en atenderla.

—Hoy estaré ocupado en mi despacho todo el día, ya que tengo pendientes muy urgentes, así que no podré acompañarte, eres libre de hacer lo que gustes mientras no implique que salgas de la mansión —ordenó lord Grosvenor para luego continuar con su comida como si nada; claro, su boda estaba muy reciente y no quería que alguien la viera caminando por Londres como si nada, no sin su compañía.

—Como ordene, milord —soltó Rosabell furiosa para luego ponerse en pie y casi correr hasta la puerta, pero, cuando estuvo bajo el marco de esta, se detuvo, giró y realizó una reverencia perfecta que aunque se tomaría como muestra de su buena educación, Jaime sabía que estaba llena de burla y reproche. Aunque no llevaba mucho tiempo conociéndola, había aprendido a leer sus gestos y sabía que esos ojos desafiantes eran la única forma que ella tenía para hacerle saber que es una persona capaz de razonar, pensar y sobre todo sentir, y aún más importante, que hizo algo que no fue de su agrado.

Rosabell enloquecería y de seguro terminaría vomitando ante la rabia e impotencia de seguir escuchando al imbécil que tenía por esposo. Ese hombre la confundía, a veces se comportaba como un hombre maravilloso capaz de hacerla suspirar y soñar como la estúpida que era, pero entonces luego la trataba como si se tratase de un sirviente o, en su defecto, un animal u objeto que podía usar y manejar a su antojo, y ya que no podía quejarse, usaba todo lo que tenía a su alcance.

Al salir corrió hasta su habitación y se encerró allí; entre las cosas que trajo de la casa de sus padres estaba su libro favorito, por lo que sin dudarlo lo tomó y empezó a releerlo. En cuanto su esposo se encerrase en su despacho, entonces iría por un poco de comida, ya que no tuvo oportunidad de desayunar en paz.

Intentaba avanzar entre los párrafos, pero estaba distraída y no podía concentrarse, por lo que cerró el libro y fue hasta una de las ventanas, desde allí tenía una linda vista al jardín trasero. Cuando estaba por retirarse, su esposo apareció en su campo de visión, llevaba de la mano a un pequeño niño que por sus vestimentas parecía el hijo de alguna sirviente y, aunque la distancia no le permitió ver con claridad, sí vio cuando le entregaba un juguete de madera; en ese momento fue

inevitable no imaginar cómo sería Jaime con su hijo, un pequeño niño que crecería en su vientre y que ella podría tener en sus brazos, enseñarle a caminar, a hablar, una personita que la amara aún más que a sí misma.

Se alejó de la ventana y caminó hasta uno de los espejos en donde observó su vientre, aunque amara la idea de tener un hijo, era algo que tendría varias consecuencias, entre ellas la actitud de su esposo, y antes de poder darle un heredero prefería conocer a su esposo en todos los ámbitos posibles, solo así podría hacerse una idea de lo que le esperaba en el futuro una vez le diera lo único que necesitaba de ella.

Esperó durante casi una hora y no le quedó más opción que tocar la campanilla y pedirle a su doncella que le subiera comida sin que su esposo llegase a notarlo, no quería verse débil frente a él, por suerte Leya asintió y cumplió con las órdenes al pie de la letra.

Después se dedicó a recorrer el castillo una vez más esperando encontrar algo lo suficientemente interesante como para entretenerla durante el día, por lo que terminó preparando la que sería su biblioteca privada con ayuda de un par de sirvientes y lacayos.

Llegada la hora de la cena, no le quedó más opción que prepararse y bajar al comedor principal en donde ya la esperaba el conde.

—De demorar un poco más habría tenido que pedirle a alguien que suba por ti, no me gusta que me hagan esperar. —Rosabell bajó su rostro de forma tal que él no pudiese verlo e hizo una mueca llena de rabia.

—Lamento la tardanza, estaba un poco ocupada.

—Oh, sí, noté que empezaste a remodelar la habitación que acordamos, lo entiendo y espero que esté quedando de tu agrado. Ahora, mi madre me envió una carta preguntándonos si nos gustaría ir a cenar algún día antes de hacer nuestro viaje de bodas, por lo que te informo que dentro de dos días iremos a la mansión de mis padres. —Su esposa suspiró y se encogió de hombros restándole importancia al asunto, conocía a la duquesa y quería pensar que tenían una buena relación, por lo que no era algo que le preocupara.

—Bien —respondió centrando toda su atención en la comida y dando por terminada la conversación, no quería hablar.

—¿Te pasa algo? —preguntó al notar su actitud.

—No, milord. —Lord Grosvenor soltó el tenedor y este cayó con fuerza sobre el plato causando un fuerte estruendo que logró sobresaltarla; Rosabell pegó un pequeño brinco y lo miró sorprendida, no se esperaba una reacción así, al parecer su actitud no fue del agrado de su esposo y algo le decía que la discusión no terminaría bien.

—¡Retírense, todos! ¡Ya! —gritó y todos los sirvientes presentes salieron de la habitación casi corriendo, cerrando la puerta tras de sí; ella tuvo la intención de huir al igual que ellos, pero la mirada de su esposo la mantuvo pegada al asiento—. Así que hemos vuelto al “milord”, muy bien, ¿sería usted tan amable, milady, de explicarme las razones de su comportamiento esquivo hacia mí? Como mi esposa debería saber que no soy un hombre precisamente paciente. —A la aludida

le costó un poco responder a sus palabras. Primero porque nunca lo había visto bravo, por lo que no sabía cuáles eran sus alcances, y segundo, porque su terquedad le rogaba a gritos que no se diera por vencida tan pronto, rendirse ante su poder no debía ser una posibilidad, por lo menos no hasta estar segura de no tener más opciones.

—No sé a qué se refiere, pero si cree que mi comportamiento no ha sido el debido, está en todo el derecho de decírmelo y puedo asegurarle que corregiré el error. —Cada palabra fue pronunciada con diplomacia y elegancia, como quien está negociando el mejor acuerdo de su vida y no está dispuesto a perder o retroceder, esa era la condesa de Grosvenor.

—¡Deja las estupideces, Rosabell! Y para de una buena vez con eso de “milord”, te estás comportando como una niña y no como la mujer y esposa en la que te convertiste. Si tienes la valentía para tratarme así, seguro que también la tienes para decirme qué es lo que te está pasando, y será mejor que empieces a hablar de inmediato o terminaré enloqueciendo y te aseguro que no es algo que quieras ver. —Su humor estaba cada vez peor, le gustaba la idea de que su condesa lo enfrentase como si no le temiera a nada ni a nadie, ni siquiera a él, pero lo exasperaba no saber qué la motivaba.

—Le repito que no sé a qué se refiere, yo estoy muy conforme con la vida que he empezado desde que tuve el honor de casarme con usted y se me otorgó el título de condesa. —Esas palabras fueron las que terminaron por colmar su paciencia y en medio de la rabia arrasó con todo lo que había sobre la mesa y lo lanzó al suelo.

—Te juro que si me sales con eso una vez más te encerraré de por vida. —Esa era la peor amenaza que podía hacerle, no soportaría estar dentro de las mismas cuatro paredes hasta Dios sabía cuándo, así que se armó de valentía.

—¿Quiere que hablemos? Muy bien, hablemos; respóndame una cosa con toda la sinceridad, ¿por qué se casó conmigo? ¿Por qué yo y no cualquier otra joven? Quiero entender qué hago en este lugar. —Jaime se quedó sin palabras, no podía decirle la verdad sobre su anterior amor además de que empezaba a sentirse atacado.

—Yo no tengo por qué darle explicaciones a usted. —La joven esperaba esa respuesta, no se sorprendió por ello.

—Lo ve, perdí mi tiempo pensando que sería sincero. —Se puso de pie dispuesta a salir de allí y correr a un lugar seguro, pero su esposo reaccionó y fue mucho más rápido que ella, así que con tan solo un par de movimientos la acorraló contra el comedor principal para luego aprisionar sus manos y acomodarse de forma tal que no pudiese atacarlo con las piernas, dejándola completamente vulnerable. El conde no pudo evitar no excitarse al verla como una guerrera, pero intentó centrar toda su atención en ella.

—No quería responderle porque se supone que a usted le enseñaron la importancia de darle herederos a su esposo. —Rosabell sintió que sus mejillas ardían al recordar la noche que pasó entre sus brazos.

—No se puede comparar la educación que recibe un caballero a la que recibe una dama, y

respondiendo a su pregunta sé que mi deber es darle herederos, pero es que no entiendo por qué me eligió cuando tenía a su alcance a la dama que deseaba, en otras palabras, me siento muy inconforme con el trato que me ha dado, siento que soy una sirvienta más. —El apuesto caballero miró directamente a los ojos de su esposa, pero en su mente apareció el rostro de su primer amor y fue imposible de sacarlo.

—Estás siendo irracional, esto es ridículo, Janeth, ya lo hemos hablado. —El cuerpo de la condesa se heló.

—Se equivocó de nombre, milord, yo no soy Janeth.

Capítulo 8

Escuchar que él la confundía con otra mujer fue el golpe más fuerte que pudo recibir; aunque era cierto que su unión no era motivada por el amor, estaba segura de que no era tan mala como para pensar en otra persona mientras estaba con ella, por lo que fue imposible no predisponerse para la “conversación” que se suponía debían tener.

Jaime sintió ganas de darse un golpe, fue un completo estúpido, tenía en la cabeza todos los recuerdos de las diferentes discusiones que mantuvo con Janeth y terminó olvidando que esa mujer desapareció de su vida años atrás y que la única que debía importarle era su esposa, su atención debía estar centrada en ella. Suspiró y agradeció al cielo que Rosabell no hiciera preguntas sobre la identidad de Janeth, esas eran dudas para las que no tenía respuesta y no quería seguir escarbando en el pasado cuando ya tenía toda la disposición para dejar aquello atrás.

—Lo siento, estoy pensando en otra cosa, pero no podemos desviarnos del tema, quiero que seas sincera conmigo y que me digas qué es lo que te está sucediendo —ella negó y mirándolo lo enfrentó.

—Ya que estás pidiéndome sinceridad y tengo la fiel creencia que aquello debe ser mutuo, dígame, Jaime, ¿quién es Janeth? Algo me dice que es alguien muy importante para usted. —El conde elevó el mentón y consideró la posibilidad de negarse a responder tal cosa, después de todo él no tenía ninguna obligación con ella, más allá de su bienestar y comodidad. Janeth era una situación muy distinta.

—Es alguien que no tiene ninguna importancia o relevancia alguna en nuestra conversación, solo me estás cambiando el tema.

—Contrario a lo que usted piensa, a mi parecer esa mujer es mucho más importante de lo que me asegura, si no fuera así no me habría confundido con ella, ¿estaba pensando en Janeth mientras hablábamos? —el aludido negó, no estaba pensando en ella directamente, solo tenía un par de recuerdos rondando su cabeza, o eso era lo que quería creer.

—¿Solo porque en una oportunidad y por error pronuncié ese nombre ya a tu parecer es alguien de importancia? Es una estupidez. —La rabia hizo que la condesa se pusiese de pie y caminara hacia el lado opuesto de la mesa.

—No es la primera vez, Jaime, tal vez le parezca una grosería, una falta de educación o lo que quiera pensar, me da igual, pero después de nuestra noche de bodas desapareció y fue extraño no

encontrarlo, así que fui a buscarlo. Al entrar al despacho encontré una carta en el suelo justo junto al sofá en el que usted cayó profundamente dormido de seguro gracias a la gran cantidad de alcohol que bebió; leí la carta, no sabía que mi esposo tenía un hijo bastardo, sabe, incluso recuerdo su última frase: *“Te amo y te amaré siempre, Jaime, fuiste mi primer amor, volverás a saber de nosotros. Siempre tuya. Janeth”*. ¿Aún quiere hacerme creer que es una mujer sin importancia? —Lord Grosvenor se quedó sin palabras, sin ideas, tenía la mente en blanco y el cuerpo rígido, su esposa acababa de ponerlo entre la espada y la pared, además de haberle puesto una daga en el cuello, así se sentía.

—No tenía el derecho ni la libertad de leer mi carta. —Jaime no podía creer que justamente la única carta en la que ella firmó como *“Janeth”* y no como *“Lady J”* hubiera terminado en manos de su esposa, pero claro, una dama que después de comprometerse escapa de casa acabando así con su reputación ya no puede ser llamada *“lady”*.

—¿Usted sí tenía el derecho y la libertad de dejarme adolorida en la cama después de nuestra noche de bodas para venir a emborracharse pensando en otra mujer? ¿Qué sentiría usted si la situación hubiese sido todo lo contrario, si hubiese sido usted quien encontrara una carta de algún antiguo amante o pretendiente asegurando que mi corazón, mi alma e incluso mi cuerpo siempre sería suyo aunque estuviera casada? —Con tan solo contemplar la posibilidad, el conde sintió unas inmensas ganas de matar a aquel que se atreviese a pensar en ella de forma indebida, pero se justificó asegurándose a sí mismo que los sentimientos que ella tenía hacia él no eran similares a los suyos, que aunque no tenía muy claro qué era lo que sentía sí estaba seguro de que era algo especial.

—Puede que todo esto se vea muy mal, pero le aseguro que es alguien del pasado y lo mejor es dejarla allí. —Bajó la mirada nervioso, quería escapar, había olvidado la regla básica de la lucha: no empezarla hasta no conocer al enemigo y se tenga la certeza de que la victoria es suya; esa guerra ya la tenía perdida.

—No, usted se niega a dejarla en el pasado; ¿quién es esa mujer, Jaime? Respóndame con toda la sinceridad, se lo ruego. —Ella se sentó en la silla más cercana y apoyó una de sus manos sobre una de las de su esposo esperando que esa pequeña muestra de apoyo lo impulsara a hablar.

—Es un amor del pasado —fue lo único que se atrevió a decir aun sin mirarla a los ojos.

—Es un amor del pasado que le dio un hijo, ¿por qué no me lo dijo? ¿En dónde está su hijo? —El aludido retiró su mano de la caricia que ella le proporcionaba causándole cierto dolor. Jaime la estaba rechazando, la estaba alejando de su lado y en medio de ambos se levantaba un muro que sería imposible saltar.

—No lo sé, tal vez muerto, tal vez jugando en algún lugar, no lo sé porque nunca lo conocí. — Con el dolor que denotaba su voz fue imposible no creer en sus palabras, incluso Rosabell sintió un poco de lástima y culpa por obligarlo a hablar sobre el tema, pero es que ya no soportaba tener un desconocido que visitaba su cama de vez en cuando y ahí acababa su relación, apenas llevaban un par de días así y ya mantenían una discusión en el comedor en donde cualquier sirviente podría

escucharlos, no quería ni imaginarse qué sucedería con el pasar de los meses e incluso de los años, de continuar así de seguro terminaría loca y encerrada.

—Cuénteme la historia —pidió con la voz más dulce y melodiosa que el conde había escuchado en su vida, fue inevitable no mirar ese hermoso rostro.

—¿No te importa que tenga un hijo bastardo? —Ella se encogió ligeramente de hombros, no podía culparlo por algo que según su escaso conocimiento sobre el asunto sucedió años atrás cuando aún ni siquiera se conocían.

—Eso es lo que menos importancia tiene en este momento, no creo que los hijos deban pagar por los errores de sus padres y si algún día llego a conocerlo te aseguro que nunca lo trataré como algo menos que el hijo de un conde. —Lord Grosvenor acarició la mejilla de su esposa y depositó un casto beso sobre sus labios, tenía una excelente mujer a su lado y se esforzaría por reforzar la relación que empezaban a forjar.

—No hay mucho que decir en realidad, años atrás, cuando aún era muy joven, conocí en mi casa de campo a lady Janeth Hemsley, una mujer con una belleza e inteligencia abrumadora, capaz de lograr todo lo que se propusiese, tarde me di cuenta de que estaba completamente enamorado de ella; sé que no debería decírtelo, pero durante uno de nuestros encuentros furtivos ella me entregó su cuerpo y la hice mía. Todo cambió cuando quedó embarazada, le dije que nos casáramos y hablé con su padre, así que la boda fue anunciada de inmediato, hasta que ella un día desapareció después de decirme que no soportaba la idea de permanecer toda su vida tras mi sombra, ella quería más, así que simplemente se fue con mi hijo creciendo en su vientre, y antes de irse prometió que una vez que naciera el niño me lo enviaría y yo me haría cargo de él y aunque no pudiese heredar sería mi hijo, pero lo único que supe de ella fue lo que me escribió en la carta que viste y ya tiene varios años —confesó en un corto y específico resumen de lo que había sido su vida amorosa. Aún no tenía muy claro qué fue lo que lo impulsó a hablar, pero no se arrepentía, nadie de su familia sabía de la existencia del bebé, por lo que nunca pudo compartir ese dolor con alguien más y desde ese momento Rosabell se convirtió en su más grande apoyo.

—Lamento mucho lo sucedido, pero debe confiar en que el pequeño Jaime se encuentra bien y tal vez algún día llegue a conocerlo, debe confiar —el asintió y por impulso terminó abrazándola con fuerza.

—Todo aquello fue muy doloroso para mí, siempre me gustó mucho andar a caballo o salir a caminar, me fascinaba ir a mi casa de campo y pasar allí tanto tiempo como me fuese posible, pero después de ello evito tanto como puedo visitar esa propiedad y si me veo obligado a hacerlo, es por periodos de tiempo muy cortos, el día que Janeth desapareció también desapareció mi corazón, ella se lo llevó y aún no he podido recuperarlo. —Tras escuchar esas palabras, el dolor en el pecho de Rosabell fue insoportable y eso combinado con el dolor de su tristeza por haber perdido su gran amor terminó de destrozarla; en ese momento entendió que sin darse cuenta se enamoró de su esposo y estaba en la obligación de conformarse con lo poco que él le ofrecía.

—No se puede perder la esperanza ni la fe por un solo acto, por muy doloroso que sea nunca se

sabe si ese lugar puede convertirse en el que más felicidad te dé, solo debes darle una pequeña oportunidad para hacerlo —comentó aun cuando su cabeza analizaba sus palabras y buscaba opciones o soluciones.

—Yo lo hice, lo perdí todo cuando ella se fue. —Su esposa no lo soportó más, se levantó de golpe y caminando le dio la espalda y limpió las pequeñas lágrimas que humedecían su mejilla.

—¿Por qué se casó conmigo, Jaime? —Esa era la última pregunta que atormentaba sus noches y quería aprovechar el momento de sinceridad por el que estaban pasando ambos, aunque ya se hacía una idea de la respuesta.

El aludido suspiró, una pequeña mentira podía ser perdonada, ¿no? No quería decirle que su elección también estuvo relacionada con Janeth ni que su interés en ella empezó por la obligación que le impuso su padre para contraer matrimonio, ya era malo que descubriera lo de su hijo y su intención nunca sería lastimarla, de hecho, era lo que menos deseaba, ser él el causante de su tristeza, pero cuando se giró y vio que sus hermosos ojos estaban cristalizados y a punto de llorar, no fue capaz de mentirle.

—Mi padre me obligó a contraer matrimonio si no quería perder toda la fortuna que heredaré, aunque tú no estabas en el trato. Mientras buscaba la mujer idónea no dejaba de compararlas con Janeth, lo único que quería era que no se parecieran en lo más mínimo porque sería injusto para ella que estando a su lado al verla mi mente vea a otra persona —Rosabell asintió un tanto aliviada, pues la respuesta después de todo no había sido tan mala, además, ¿cómo era posible que tuviera la esperanza de algo más? Ya debería saber que en el mundo en el que vivía todo giraba en torno al dinero y a las apariencias, por lo que era ridículo esperar algo más, y aun así allí estaba, soñando con un imposible.

—Bien, pues sí agradezco que estando conmigo no piense en ella, solo puedo decir que si la amó tanto no debió dejarla ir, debió demostrarle que a su lado la vida no hubiera sido monótona ni superficial, que es lo que muchas mujeres quieren evitar, en otras palabras, debió luchar por ella y por su hijo, pero ya que no puede hacerlo, lo mejor es empezar de nuevo y dejar el pasado atrás, justo donde pertenece. —No era una experta en el amor ni nada parecido, pero le pareció que un poco de verdad y un pequeño consejo eran lo mejor para dar por terminada la conversación. En ese momento tenía la tranquilidad de que si un día aparecía un joven con rasgos similares a los de su esposo la sorpresa no sería tan grande y estaría preparada para enfrentarlo, pero si un día era Janeth la que aparecía frente a su puerta no creía tener la fuerza para soportarlo porque luchar por su esposo no era una opción, él nunca fue ni sería suyo.

Hizo una reverencia un tanto torpe y se dirigió a la puerta, no había comido mucho, pero su apetito desapareció y ansiaba un poco de soledad; cuando estaba por abrir la mano de su esposo se aferró a su antebrazo deteniéndola, no notó en qué momento se había puesto de pie.

—No puedes irte así. —Jaime estaba preocupado por lo que sería su vida de casado ahora que ella sabía toda la verdad, no quería que nada cambiara entre ellos.

—Le aseguro que estoy bien, solo quiero estar un tiempo a solas y pensar, pero estoy en

perfectas condiciones —el aludido negó, dejarla ir en ese momento no era una opción, además que un día un gran amigo le dijo que las cosas de pareja siempre se resuelven juntos o simplemente nunca funcionaría.

—No, quiero que entiendas que tú eres mi esposa y eres la única mujer que me interesa. —Rosabell ya no tuvo la fuerza para mantener las lágrimas al margen y estas terminaron cayendo y humedeciendo sus mejillas a su paso. En momentos así le hubiera gustado ser más fuerte para no permitir que otros la lastimasen.

—Tengo más que claro que soy su esposa y que no hay nada que pueda cambiarlo, de eso puede estar seguro. —Aunque ello no significaba que él también estuviera al tanto de la situación, eran libertades distintas.

—Entonces bésame —pidió el caballero acercando su cuerpo al de su esposa y colocando su mano libre en la curvatura de su cintura. Cada vez que la veía sonriendo la deseaba un poco más y ahora que tenía el rostro lleno de tristeza lo único que quería era cambiar esa expresión por una de verdadero placer, quería enseñarle, demostrarle lo que era hacer el amor y compartir tan maravillosa intimidad con una persona; se acabaría la ridiculez de estar con ella solo para procrear un hijo.

Por instinto Rosabell retrocedió en un intento por alejarse de su alcance, pero apenas si alcanzó a dar un paso cuando él usó un poco más de fuerza en el agarre que tenía en su cintura impidiéndole moverse.

—Por favor, déjeme ir, por favor —rogó asustada; siempre que él visitaba su lecho terminaba ahogada en la tristeza.

—No, quiero mostrarte algo. —Puso ambas manos en su cintura y la acercó hasta pegar su cuerpo con el de ella; él podía sentir los fuertes latidos de su corazón y la forma en que su pecho subía y bajaba con rapidez, estaba nerviosa, pero pronto le haría olvidarse de todo, le enseñaría a disfrutar de las atenciones de un hombre y se aseguraría de que el único que deseara tener en su lecho fuera a él.

—No, por favor, ¿no fue suficiente con lo sucedido esta mañana? Necesito un poco de descanso, eso duele —admitió asustada, quería salir corriendo hasta la seguridad de su habitación.

—Sé que tu primera vez no fue agradable y tampoco lo ha sido cuando he visitado tu lecho, pero hoy quiero demostrarte lo que es el verdadero placer. —Sin darle tiempo a reaccionar o intentar alejarse, una vez más la besó con fuerza como queriendo fundir sus labios a los de ella; Rosabell se contuvo e intentó alejarlo. Al sentir cómo él delineaba sus labios con la punta de su lengua, ella, en un reflejo, separó sus labios y soltó un gemido al sentirlo explorando su boca, solo entonces se dejó llevar y terminó aferrándose a su cuello con fuerza; era débil, él la hacía débil, pero no había forma alguna en la que ella pudiese evitar entregarse en cuerpo y alma a su esposo.

La condesa sintió que su esposo empezaba a soltar los botones traseros de su vestido y como pudo se alejó un poco para hablar.

—Aquí no, Jaime, estamos en el comedor y cualquier persona podría entrar y vernos —él negó sin detener sus movimientos, cada botón que soltaba lo acercaba un poco más a ella y no pensaba detenerse.

—Estoy en mi casa y con mi esposa, pobre del imbécil que se atreva a interrumpirnos porque te haré el amor aquí mismo. —Se separó de ella unos instantes, solo los suficientes para lanzar todo lo que había sobre la mesa al suelo causando un gran estruendo, pero tenía cosas más interesantes entre sus manos como para preocuparse por un par de platos rotos y un poco de comida en el suelo.

Capítulo 9

Volvió junto a ella y la desnudó con mucha lentitud para disfrutar de su piel, de su cuerpo, de su olor; cuando lo único que la cubría era el camisón, Jaime soltó la prenda y dejó que esta cayera libremente al suelo dejando todos sus tesoros a la vista, un solo segundo le bastó para saber que era la mujer más hermosa y perfecta que había visto en toda su vida. Con solo verla Janeth desapareció de sus pensamientos, lo único en lo que podía pensar era en ella.

La vergüenza invadió a la condesa al sentirse tan observada, su esposo no dejaba de detallar cada centímetro de su piel y se sentía muy vulnerable, por lo que cubrió tanto como pudo con sus manos.

—No, no lo hagas, no me prives de tanta perfección junta, eres lo mejor que he tenido en mi vida y quiero disfrutarlo. —Quitó sus manos y la observó una vez más—. La palabra perfección se queda corta al describirte, soy un hombre con mucha suerte. —Puso su mano derecho bajo la curvatura de su seno y la sintió respirar con fuerza, pero Rosabell, armándose de valor, colocó la mano en los botones de su chaleco.

—Supongo que lo mejor es estar en igualdad de condiciones. —Él levantó las manos dándole la libertad de hacer lo que gustase, y ella, con movimientos temblorosos e inseguros, empezó a desnudarlo; sus mejillas estaban cada vez más rosadas, ni rastro quedaban de las lágrimas o la tristeza, su corazón latía con fuerza y gracias a la forma en que él la miraba se sentía como la mujer más descarada y sensual del mundo, se sentía hermosa, se sentía como una mujer capaz de conquistar a su esposo.

No se atrevió a quitar sus calzones y dejar a la vista toda su masculinidad, nunca lo había visto tan escaso de ropa y la sola idea de hacerlo la ponía aún más nerviosa, no creía estar lista para tanto.

—Tranquila, iremos poco a poco. —La tomó entre sus brazos y la besó logrando que se olvidara de todo.

Con mucha delicadeza la tomó por las piernas y la impulsó hacia arriba para que ella enrollase sus piernas alrededor de su cadera. A medida que caminaba iba acariciando tanta piel como podía y, al llegar a la mesa, la recostó sobre esta. Rosabell se sobresaltó al sentir el frío de la madera en su cuerpo, pero las caricias y besos de Jaime pronto lograron borrar todo rastro de frío. Él dedicó gran parte del tiempo a besar y conocer cada centímetro de su piel deteniéndose un par de

segundos en los pocos lunares que tenía. Cuando se acercó al centro de su feminidad su mujer intentó alejarlo, pero el conde tomó sus manos y las inmovilizó.

—Nada podrás evitar que te haga completamente mía. —La joven estaba por protestar cuando los besos de su esposo fueron depositados en su intimidad, y lo que sintió en ese momento logró dejar atrás los miedos y la vergüenza; el calor se extendió por todo su cuerpo haciéndola temblar, y en la parte baja de su vientre se instauró un cosquilleo indescriptible y una necesidad desconocida. En el momento en que Jaime subió sus manos y empezó un delicioso juego con sus pezones no lo soportó y sintió que su cuerpo estallaba de placer, se sintió en el cielo, esa era la mismísima gloria, el paraíso, y lo más importante es que había sido en brazos del hombre al que amaba.

No fue difícil darse cuenta del gran sentimiento que tenía hacia su esposo, quizás desde el mismo momento en que lo conoció y no solo por ser un noble apuesto y rico, sino que era un hombre que la llevaba a desear más, la llevaba al límite para luego darle la oportunidad de superarse a sí misma y luchar por lo que creía y deseara. A pesar del dolor, de la tristeza y de los daños causados, lo amaba con todas sus fuerzas, no importaba que su corazón perteneciese a otra mujer ni que hubiese sido otra quien le diera su primer hijo, tan perdidamente enamorada estaba que era capaz de perdonarle todo si con ello él estaba bien y era feliz, porque eso era lo único que le importaba: su bienestar y felicidad.

Desde que empezó a leer y a soñar con la historia de amor perfecta, su mente estuvo inmersa solo en conseguirlo justo como lo deseaba, pero junto a Jaime entendió que todas las historias son distintas y que, aunque el amor no sea perfecto, es suyo, es real sin importar cuán imperfecto puede llegar a ser; los libros son solo sueños que alguien escribió.

Al llegar al clímax se agarró con fuerza a sus hombros y suspiró de placer; en ese momento empezó a comprender por qué una mujer lo arriesga todo por pasar una noche en brazos del hombre que desea.

—Espero que estés lista porque el siguiente será nuestro, de los dos. —Con un par de caricias y besos Rosabell ya estaba lista para recibirlo de nuevo, estaba húmeda y ansiosa por recibirlo y atraparlo para siempre. El conde no pudo resistirse, se deshizo de los calzones tan rápido como pudo sin necesidad de levantarse y se introdujo en su interior con un suspiro de placer—. Eres el paraíso. —La sostuvo entre sus brazos mientras salía y volvía a entrar en su cuerpo con movimientos lentos; sentir el roce de sus cuerpos desnudos, sus besos, sus caricias tímidas, escuchar sus pequeños gemidos de placer y lo dulce que sonaba su voz cuando entre jadeos pronunciaba su nombre; era la esposa perfecta.

—Jaime —jadeó la condesa al dejarse llevar por el éxtasis al mismo tiempo que su esposo. En esa oportunidad todo fue mucho más intenso y complaciente, nunca podría cansarse de ese hombre.

—Que nunca se te olvide estar en mis brazos, tenerme en tu interior y que nunca dejes de desearlo porque no pienso compartirte ni con mi sombra, eres completamente mía, y si algún día

llegas a olvidarlo estaría más que dispuesto a recordártelo. —Acarició el contorno de su cuerpo y sonrió.

—Estás completamente loco, estamos en el comedor, los sirvientes de seguro escucharon todo, ya no sé cómo podré mirarlos a los ojos. —Lord Grosvenor soltó una carcajada, se sentía tan a gusto que no quería moverse, no quería alejarse.

—Que no te importen, estamos recién casados y es normal que no seamos capaces de permanecer uno lejos del otro, pero ya te lo dije, pobre de aquel que se atreva a molestarnos, eres mi esposa y nada me privará del placer de tu cuerpo. —Besó su hombro y, al llegar a la clavícula, no pudo evitar dejar un pequeño mordisco que le dejaría una pequeña marca como la que tenía sobre su seno; era suya. Lady Grosvenor soltó un grito y le pegó un pequeño y juguetón golpe en el hombro.

—Jaime, no hagas eso, después Leya me pregunta por qué tengo esas marcas y no soy capaz de explicarle cómo me las hice.

—Pues no lo hagas, eres la condesa de Grosvenor, la señora de la casa y mi esposa, eres libre de hacer y decir lo que gustes, y si no quieres darle explicaciones, pues simplemente no lo hagas, milady. —Ella sonrió y con sus manos acarició el cuello y el inicio del nacimiento de su cabello; no quería dejarlo ir.

—Tienes razón, pero lo mejor será que salgamos de aquí, ya suficiente ruido y desorden hicimos y el personal debe limpiar este desorden. —El conde, a regañadientes, salió de su cuerpo sintiéndose extrañamente vacío y la ayudó a levantarse.

—Quédate cerca, te dejaré ir para que te recuperes un poco porque si fuese decisión mía no saldría de aquí en todo el día. —Su esposa soltó una risita coqueta y pasó su dedo índice a lo largo de su pecho hasta su cadera en donde se levantaba orgullosa su masculinidad, se mordió su labio inferior y se acercó a su oído.

—¿Qué tan cerca me quieres? —preguntó; su esposo jadeó de placer, acababa de convertirla en la mujer más descarada, sensual y atrevida que conocía, y le encantaba, si todas las noches de su vida las pasaba entre sus curvas se daría por bien servido.

—No me tientes. —Le dio una juguetona palmada en la nalga para luego ayudarla a ponerse el camisón.

—Necesitaré un poco de ayuda —dijo tras un suspiro después de ver la gran cantidad de ropa que debía ponerse, ni siquiera podría con el corsé sola y llamar a su doncella para que la vistiera en medio del comedor no era una opción. El conde se vistió sin ningún problema restándole importancia a la ropa arrugada, no tenía intención de salir de casa ni de recibir visitas, así que podía evitar la molesta idea de ir y cambiarse de ropa por algo más “adecuado”.

—Ponte solo el vestido y subes a tu habitación, allí puedes pedirle a Leya que te ayude a cambiarte, esa falda ya está hecha un desastre y no creo que sea buena idea que la uses, anda, te acompañaré hasta tu habitación —opinó su esposo ayudándola a ponerse el vestido para luego terminar de cubrirla con su chaqueta y acompañarla hasta su habitación; por suerte no se

encontraron a ningún sirviente en el camino, pero, cuando empezaban a subir las escaleras, el mayordomo anunció la llegada de Lord Wadlow, futuro marqués de Bristol. Fue imposible que no la viera subir casi desnuda, pero Rosabell se cubrió tanto como pudo y subió casi corriendo al morir de vergüenza, no podía creer que justo en ese momento los descubrieron y quien menos debía.

—Lord Grosvenor —saludó el visitante con una pequeña sonrisa llena de burla; miró escaleras arriba y rio.

—¡Deja de ver a mi esposa, imbécil! Para eso tienes la tuya. —Adrián soltó una carcajada y dejó de mirar a la condesa.

—Calma que sabes que nunca la miraría de forma indebida, amo a mi esposa, solo me parece muy divertido verte así, pareces muy contento con su matrimonio. —Jaime se encogió de hombros y empezó a caminar hasta su despacho seguro de que él lo seguiría, aunque antes le pidió a su mayordomo que recogieran el desorden del comedor y que Leya subiera a la habitación de la condesa.

—Deja la estupidez, dime, ¿a qué has venido? Creí que eras lo suficientemente inteligente como para saber que no se le interrumpe a una pareja de recién casados. —Adrián soltó un suspiro seguro de que la noticia que venía a traerle no le gustaría.

—Quiero hablar contigo de algo muy serio, pero antes sírveme un whiskey que tu ropa arrugada y sucia me desconcentran y, por cierto, recuérdame nunca más comer en tu comedor, con lo que le dijiste a tu mayordomo ya me puedo hacer una idea de lo que hicieron allí y después no quiero enfermarme del estómago. —El aludido soltó un gruñido que causó risas y, tras cerrar la puerta del despacho, le sirvió un trago.

—Deja la estupidez, nadie te mandó a venir cuando hace tan poco tiempo que me casé, mejor habla de una buena vez, ¿qué sucedió? —Su amigo se bebió el trago con un solo movimiento y, sacando un papel de su bolsillo, se lo entregó.

—Sé que no es el día, ni el lugar y mucho menos el momento, sé que lo único que quieres ahora es subir y hacerle el amor a tu esposa, pero no fui capaz de ocultarlo, en cuanto lo supe tuve que venir a decírtelo. —Parecía preocupado, lo que generó un mal presentimiento en Jaime. Adrián no era de la clase de personas que le gustase ponerle misterio a alguna noticia, debía ser muy importante lo que estaba por decirle.

—Habla de una buena vez o terminaré pensando lo peor. —Tomó el papel que él le tendió, lo abrió y al leer se le heló la sangre.

—Esa carta llegó esta mañana, en cuanto la leí supe que tenía que venir. —Jaime arrugó el papel y lo lanzó al fuego, no se molestó en servir un trago, sino que bebió directamente de la botella, y la rabia lo llevó a lanzar la botella por el aire haciendo que se estrellase contra la pared.

—¿Cómo es que esto me sucede justamente hoy? No me lo estás preguntando y puede que no te interese saberlo, pero hoy por fin pude hacerle el amor a mi esposa sin pensar en Janeth, sin

compararla con ella y fue mucho mejor de lo que alguna vez me pude imaginar, por primera vez en mi vida pude olvidarme de su existencia y de todo el dolor que me provocó con su partida, no permitiré que esto acabe con mi matrimonio. —En ese momento deseó lanzar los recuerdos al fuego para acabar con ellos de una buena vez; todo eso parecía una pesadilla de la que aún no había podido despertar.

—Yo sé que todo esto llega en el momento menos indicado, tal vez ha llegado la hora de que seas sincero con tu esposa y le digas quién es Janeth y por qué es importante en tu vida, si ella te quiere te apoyará. —Jaime negó y masajeó su frente, empezaba a darle un fuerte dolor de cabeza.

—No lo entiendes, ella sabe todo sobre Janeth, hoy tuvimos una discusión muy fuerte sobre el tema y por ende sabe de la existencia de mi hijo, pero estoy seguro de que jamás permitiría que esa mujer se me acerque a mí ni a la mansión; el pequeño Jaime es otro asunto, pero Dios, mientras discutíamos, por error terminé llamándola Janeth, es una suerte que haya logrado solucionarlo, no puedo decirle que lo más probable es que aparezca frente a nuestra puerta. —Estaba metido en un verdadero problema y no tenía ni la más mínima idea de cómo saldría de ello, pero algo tenía claro: no perdería a su esposa.

—Si ella lo sabe, perdonó la estupidez que hiciste y te permitió navegar por sus curvas en lo que, al parecer, fue la mejor reconciliación de tu vida. Las mentiras no son una opción y ocultar la información es un problema que tarde o temprano terminará estallando y cause mucho más daño, así que mi consejo es que seas sincero. —El conde miró a su amigo, a su gran amigo, ese que siempre estuvo a su lado en los malos y en los buenos momentos, que lo acompañó y apoyó siempre sin dudar por un solo segundo, ese que el día de su boda se acercó y le dijo que Rosabell era la mujer de su vida; tenía tanto que agradecerle.

—Gracias por tu ayuda, Adrián. —El joven heredero y futuro marqués le tendió la mano y le dio un fuerte apretón.

—No es nada, amigo; ¿qué piensas hacer? —Lord Grosvenor se tomó un momento para pensarlo detenidamente; el tiempo estaba a su favor, así que ya se tomaría el tiempo de analizar el problema y buscar una solución.

—Por ahora, nada, no pienso subir y decirle a mi esposa que Janeth, la mujer que no conoce, pero que probablemente ya odia, pronto aparecerá frente a la puerta de nuestro hogar buscando Dios sabe qué, ya que aún no puedo tener mi viaje de bodas. Creo que al menos tengo el derecho de tener un día para disfrutar de mi esposa, aunque mañana me prohíba visitar su lecho porque es mi obligación decirle lo que sucede, ya pensaré qué hacer con Janeth —pidió a uno de los sirvientes que le trajeran otra botella con whiskey y compartió un trago más con su amigo. Un par de minutos después, lo acompañó a la puerta y, en cuanto esta se cerró, subió en busca de su esposa, no sin antes darle una mirada a la chimenea y asegurarse de que no quedase rastro alguno de la carta.

Lord Wadlow:

No sé si me recuerda, soy Janeth y quiero pedirle un favor: ¿podría informarle a lord Grosvenor

que pronto estaré en Inglaterra y que deseo hablar con él? No me atreví a enviar la carta a su nombre porque estoy informada de su reciente matrimonio, solo dígame que lo único que deseo es hablar un poco, que hay algo que debe saber y que no puedo simplemente escribirlo, es importante.

En estos momentos me encuentro en Francia, en dos días tomaré un barco a Inglaterra e intentaré llegar lo más pronto posible.

Dígale que me busque en casa de mis padres, ellos aceptaron recibirme solo por un par de días mientras nadie lo sepa, así que, por favor, debe ser cuidadoso, pero que si durante los primeros dos días no viene frente a mí seré yo quien vaya a buscarlo.

Janeth

Capítulo 10

Jaime subió las escaleras con calma y tranquilidad sin necesidad de correr, al llegar frente a la puerta de su esposa abrió sin molestarse en tocar o anunciar su llegada, en ese momento la doncella ayudaba a ponerle el corsé, aunque ya su cabello estaba perfectamente peinado.

—Leya, retírate —ordenó a la mujer, y esta, tras una reverencia, obedeció. Rosabell mantuvo la prenda con sus brazos para cubrir sus pechos y evitar que esta se cayera y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Sucede algo? Necesito a Leya para terminar de vestirme, ese vestido tiene los botones en la espalda, fue difícil encontrar uno que cubriera la marca que me dejaste. —Le permitió ver los pequeños morados producto de sus apasionados encuentros y se acercó a la cama en donde tenía su vestido listo para usarlo.

—No necesitaras a Leya —aseguró el conde adentrándose por completo a la habitación después de cerrar la puerta.

—¿Por qué lo dices? ¿Serás tú quien me ayude con mi vestido? —Sin decir palabra alguna, él empezó a acercarse lenta y sigilosamente, tal como lo haría un león cuando va tras su presa, o así se sintió al verlo actuar de esa manera—. Estás actuando muy extraño, Jaime, y empiezas a asustarme, será mejor que me digas de una buena vez qué es lo que quieres. —Cuando la tuvo a solo un par de centímetros de distancia, tomó el borde de su corsé y lo jaló despojándola de él y dejándola solo con el camisón; no quiso desnudarse de inmediato sino que empezó a quitarse toda su ropa hasta quedar completamente desnudo; era muy sensual la forma en que Rosabell seguía cada uno de sus movimientos y observaba con curiosidad su cuerpo, en especial cierta parte de su anatomía.

—No la necesitaras porque no te vas a vestir. —Levantó su mano y soltó las horquillas que mantenían su cabello en su lugar haciendo que este cayese con libertad por su espalda—. Lamento arruinar tu peinado, seguro que mañana puedes usarlo, pero hoy eres completamente mía y no pienso dejarte salir de esta habitación. —La respiración de la joven se aceleró y su corazón empezó a latir como loco.

—Debemos bajar para el almuerzo y la cena. —El caballero negó tomando los cordones del camisón y soltando el amarre—. Estás loco, Jaime —él asintió dándole la razón.

—Estoy loco por ti, y si lo que deseas es comer puedo pedir que traigan la comida hasta aquí,

pero tú y yo no saldremos de esta habitación, no hasta que caigamos rendidos y extasiados, aunque estoy seguro de que nunca me cansaría de ti. —Introdujo las manos por sus hombros e impulsó la prenda para que esta cayese a sus pies, la tomó por la cintura y, tras pegar su cuerpo al suyo, la besó como si se le fuese la vida en ello. Ahora que sabía que lo poco que habían conseguido podía perderlo en cualquier momento, quería aprovechar cada segundo entre sus brazos.

Durante el día y la noche hicieron el amor una y otra vez hasta que el cansancio les ganó, incluso a la hora del almuerzo y la cena estuvieron abrazados y siempre que podían compartían un par de besos; se conocieron mutuamente en todos los ámbitos posibles, no hubo timidez ni miedos, solo entregaron todo de sí mismos.

Al siguiente día el primero en despertar fue Jaime que se tomó varios minutos para detallar y disfrutar de la maravillosa vista que tenía: su esposa cansada y profundamente dormida después de la mejor noche de su vida; la sábana solo cubría parte de su cuerpo, pero cada vez que la miraba le entraban unas ganas de gritarle al cielo “¡gracias!”.

A regañadientes se obligó a despertarla, pero deseaba ser delicado, así que lo hizo con besos y caricias.

—Me gusta esta forma de despertar —susurró ella medio dormida; sentía el cuerpo cansado y quería dormir un poco más, pero con solo recordar el motivo de su falta de energía no podía hacer más que sonreír segura que volvería a repetirlo.

—Me alegra, ese era el propósito. —Rosabell empezó a acariciar el pecho de su esposo con movimientos lentos y sensuales, pero él la detuvo.

—No sabes cómo me gustaría hacerte el amor en este mismo instante, Dios, nunca será suficiente tiempo a tu lado y eres una tentación mucho más grande de lo que puedo soportar, pero tengo que ser sincero contigo, es lo menos que te debo después de lo que sucedió. —La joven supo que algo no estaba bien, por lo que tomó la sábana, cubrió su cuerpo y acomodándose en la cama lo miró.

—¿Qué sucede, Jaime? Empiezas a asustarme. —Él tomó una de sus manos y acarició el anillo que descansaba en su dedo como símbolo de su unión. Tras un suspiro le dijo absolutamente todo lo que estaba sucediendo, le contó sobre Adrián y la carta que envió Janeth, no se guardaría nada porque confiaba en que ella no lo dejaría solo cuando más la necesitaba.

—Dime algo, te lo ruego. —Rosabell guardó silencio durante varios minutos en lo que era consciente de las palabras de su esposo, le costaba creer que todo eso estuviese sucediéndole.

—Agradezco tu sinceridad —fue lo único que pudo decir; estaba tan nerviosa, nunca imaginó que al despertar recibiría una noticia de ese calibre, por lo que la había tomado por sorpresa y aún no terminaba de interiorizar la información, pero tampoco podía ser injusta con su esposo, después de todo no fue él quien la buscó y le pidió que volviera, aunque sí se veían obligados a enfrentarlo.

—Rosabell, no es la respuesta que esperaba, dime algo, grítame, golpéame, lánzame algo, cualquier cosa, pero no me mates con tu silencio. —Ella lo miró, sonrió y para tranquilizarlo

acarició su rostro con delicadeza y amor.

—No te culpo, Jaime, no tienes el poder de controlar todo lo que sucede a tu alrededor y tengo más que claro que tú no la buscaste y que no tenías la más mínima intención de que volviese a tu vida, tienes todo mi apoyo decidas lo que decidas hacer con ella, solo te ruego que recuerdes que tienes una esposa y que tus futuros hijos y yo terminaremos pagando las consecuencias de tus actos. Piensa en ti y en tu felicidad, no te reprocharé nada, solo puedo agradecerte por ser tan sincero y decírmelo tú mismo. —Intentó levantarse de la cama, necesitaba un poco de espacio y solo lo conseguiría alejándose de él, pero Jaime no se lo permitió, solo la tomó de la cintura y la abrazó impidiéndole moverse.

—Quiero que tengas una cosa muy en claro: ella hace parte de mi pasado, de algo que quedó atrás y que no tengo la más mínima intención de repetir, tú eres mi presente y mi futuro, nada ni nadie podrá cambiarlo. —No le dijo que la amaba y la palabra “amor” nunca aparecía en sus conversaciones, pero eso era lo más cercano que tendría a una declaración, así que la condesa se conformó con ello y terminó mucho más enamorada de su esposo de lo que alguna vez llegó a imaginar.

—Te creo.

Una semana después una hermosa mujer con una larga cabellera dorada y el elegante vestido verde oscuro apareció frente a la puerta dispuesta a no moverse de allí hasta obtener lo que deseaba, después de todo, ya no tenía nada que perder, así que lo estaba apostando el todo por el todo, y tenía todas las armas para ganar, o eso era lo que quería pensar.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó el mayordomo a la mujer; ella sonrió.

—Quiero ver a lord Grosvenor, él me está esperando, soy Janeth —el mayordomo asintió y la hizo pasar.

—Por favor, espere acá, le avisaré al conde. —Apenas dio un paso rumbo al despacho, que era en donde se encontraba su señor, cuando la condesa apareció por las escaleras seguida de su doncella y un par de sirvientes, estaban terminando con la preparación de su biblioteca privada.

—Henry, ¿quién es...? —No supo cómo referirse a ella, así que dejó la frase al aire.

—Ella es Janeth, milady, busca a lord Grosvenor. —Rosabell se acercó a la mujer, enderezó su espalda y elevó el mentón demostrándole quién estaba por encima de quién—. Señorita Janeth, ella es lady Rosabell Liamberton, condesa de Grosvenor. —A la aludida no le quedó más opción que inclinarse y hacer una reverencia, estaba frente a la nobleza y ella ya no era nadie.

—Milady —pronunció con educación, aunque ya no poseía un título o padres, no olvidaba la educación que recibió, sin embargo, estaba pagando las consecuencias de haber arruinado su reputación.

—Ve y avísale a Jaime que la señorita lo está esperando en la sala verde y pide que le lleven un poco de té y galletas —ordenó con gracia y elegancia. Janeth lo entendió de inmediato, la condesa le estaba demostrando su poder, y entonces ella solo sonrió, le agradeció e hizo una reverencia cuando ella pasó por su lado; podía ser su esposa, pero estaba segura de que podía conseguir

mucho más de lo que ella tenía.

Henry tocó la puerta del despacho y, tras ser autorizado, entró, ya el té y las galletas iban en camino.

—Milord, la señorita Janeth lo espera en la sala verde. —Jaime sintió que su sangre se congelaba y miró a su mayordomo como si se hubiese vuelto loco.

—¿Cómo que está en la salita verde? Por Dios, Henry, no debiste dejarla entrar, ¿en dónde está mi esposa? —Lo cierto era que no le importaba lo que la llevó hasta la puerta de su casa, prefería encargarse de que Rosabell no se cruzara con ella; sería un momento muy incómodo y prefería ahorrarle la incomodidad.

—Lo lamento mucho, milord, la señorita aseguró que usted la estaba esperando y fue la condesa quien pidió que la llevaran hasta la salita verde. —Lord Grosvenor soltó una maldición; todo empezaba a salirle mal, lo mejor sería terminar con ese encuentro lo más pronto posible e ir a averiguar si su condesa se sentía bien, pero antes tenía una pregunta que estaba a punto de enloquecerlo.

—¿La señorita Janeth viene con algún niño? —el mayordomo negó.

—Ella viene sola, milord.

A Jaime no le quedó más opción que ir a recibirla. En cuanto llegó a la salita verde, sus ojos se abrieron a más no poder, nada habría podido prepararlo para la visión que tenía en frente ni para la gran cantidad de sentimientos que provocó en su interior, estaba aún más hermosa de lo que la recordaba.

—Janeth, pensé que no volvería a verte y después de recibir tu carta esperaba que vinieras a traermelo a mi hijo, pero ya puedo ver que ese no es el caso, entonces, ¿qué te trae por aquí? —La joven intentó acercarse a él, pero Jaime de inmediato retrocedió alejándose de su alcance—. Dime de una buena vez qué es lo que quieres, Janeth, aún no entiendo cómo es que te atreviste a venir a mi casa, aunque eso no es relevante, mi esposa me espera. —La mujer suspiró. Cuando recibió la noticia de la boda del conde se sintió morir, incluso deseó no haber escapado nunca, haberse quedado a su lado, pero ya era tarde para arrepentimientos.

—Sí, en cuanto supe que te casaste quise venir a hablar contigo, hace un momento conocí a tu esposa, es una mujer muy hermosa... —El conde levantó la mano para que ella callara.

—No quiero que te acerques a mi esposa, Janeth, te lo prohíbo. —Él no se había movido de la puerta, pero en algún momento ella logró tomarlo del brazo y arrastrarlo al interior de la sala; aunque la puerta permaneció abierta quedaban ocultos ante la vista de todos.

—¿Acaso la amas? ¿Olvidaste que un día me declaraste amor eterno? —El caballero no podía creer en lo que acababa de escuchar.

—¿Olvidas que un día te fuiste, escapaste dejándome como un imbécil? Ningún amor podría soportar algo así. ¿En dónde está mi hijo, Janeth? —La mirada de la mujer se oscureció, a él no era al único a quien le atormentaban los recuerdos.

—Murió hace poco más de un año, la fiebre acabó con él, el doctor lo intentó todo, pero era

una guerra perdida. —A pesar de que nunca lo había conocido, esa noticia le dolió.

—Quiero que te vayas de mi casa —soltó dejándola claramente sorprendida.

—No puedes estar hablando en serio; Jaime, lamento mucho lo de nuestro hijo, no sabes la tristeza que me causó su muerte y si no te lo dije antes fue porque no creí conveniente dar una noticia así por medio de una carta, aunque él sabía de tu existencia, siempre le hablé de su padre y de lo maravilloso que eres, sé que fue egoísta de mi parte nunca haberles dado la oportunidad de conocerse y lo lamento mucho, tuve miedo de regresar y ya no poder irme de nuevo. Jaime, siempre te amó y puedo jurarte que nunca le faltó nada, vivíamos con comodidades. Yo aún te amo, Jaime, nunca dejé de hacerlo, ningún otro hombre me ha tocado, tú siempre has sido y serás el único. —El apuesto caballero tuvo unas inmensas ganas de ahorcarla, pero, ya que no podía hacerlo, respiró muy profundo.

—Siempre fuiste una mujer muy egoísta, Janeth, lo único que ocupaba tu mente y prioridad eras tú misma y eso nada tiene que ver con el amor, es por ello que nuestro hijo y yo terminamos pagando las consecuencias de tu egoísmo. —La señorita frunció el ceño y puso la mano sobre su pecho.

—Me estás hiriendo con esas palabras.

—No me importa, quiero que entiendas cuáles fueron las consecuencias de sus actos y quién es la culpable de todo esto; yo estaba dispuesto a casarme contigo, Janeth, quería dártelo todo y más, habría sido capaz de matar por ti, ahora puedo entender lo ciego que estaba, ahora sé qué es el verdadero amor. —Sintiendo cómo la rabia se extendía por todo su cuerpo, la visitante se acercó y lo tomó de la chaqueta.

—¿Te enamoraste de ella? Porque nadie te dará el amor que yo te di. —No necesitó pensar mucho en la respuesta, ya la tenía más que clara, aunque le costó un poco afrontarlo.

—Sí, Janeth, estoy enamorado de mi esposa, y es precisamente eso lo que más me gusta, que ella en nada se parece a ti, es la mujer más noble y dulce que conozco, nunca me hará todo el daño que tú me hiciste, ahora, lárgate de mi casa. —La joven, desesperada al escuchar que tenía la guerra casi que perdida, se acercó y se lanzó a abrazarlo por el cuello y acercar sus labios a los de él, pero Jaime ni siquiera se movió.

—No puedes estar hablando en serio, Jaime; escúchame, sé que te casaste por lo que casarte conmigo no es una opción, pero me conformaré con ser tu amante y con ello logro quedarme a tu lado para siempre.

—Vete, Janeth, estás perdiendo tu tiempo, mi esposa me da todo lo que una amante podría ofrecerme más mucho amor. Vete, no quiero volver a verte. —Estaba muy alterado, por lo que no fue capaz de alejarla a la fuerza, temía no medirse y causarle algún daño y, a pesar de que ella era una de las peores mujeres del mundo, nunca la lastimaría.

—No sin luchar por el hombre que amo. —Y entonces lo besó por sorpresa. A Jaime le costó reaccionar, por lo que tardó un poco en alejarla empujándola con delicadeza, pero fue un jadeo lo que le heló la sangre y, al mirar hacia la puerta, se quedó sin respiración, allí estaba Rosabell

mirándolo con los ojos llenos de lágrimas y una clara decepción en su mirada.

Capítulo 11

—No, ¡Rosabell! Espera, por favor —la llamó, pero ella ya corría escaleras arriba; furioso se giró hacia la visitante—. ¿Ves lo que causas!? Por Dios, Janeth, ¿qué parte de lárgate de mi casa no entendiste? No quiero volver a verte nunca más. —Cansado, furioso y sin detenerse a pensar, la tomó del brazo y, sin importarle si la lastimaba o no, la sacó casi que arrastrada de la mansión. Varios sirvientes observaron la escena, entre ellos su mayordomo—. La señorita Janeth no tiene permitida la entrada a la propiedad —ordenó a todos para luego entrar sin mirar hacia atrás, corrió escaleras arriba hasta la habitación de su esposa, pero esta estaba vacía.

La buscó en cuanto lugar se cruzó por su cabeza, pero solo parecía haber desaparecido: el miedo se instauró en su pecho. No, no soportaría perderla.

Hacía ya un tiempo que notó que sus sentimientos por Rosabell iban mucho más allá. Nunca nadie le había importado tanto como ella, nunca se interesó tanto por el bienestar y felicidad de una persona que no fuese él, no podía dejar de pensar en ella y su corazón latía fuerte siempre que la tenía cerca, sumándole el hecho que se sentía completo con ella y que hacer el amor con su esposa era lo más placentero del mundo, además de varias razones más que le hicieron entender que estaba más que enamorado de ella, aunque si lo pensaba detenidamente, era injusto que la primera en saberlo haya sido Janeth y no su dulce Rosa.

Recorrió toda la mansión al menos tres veces desesperado por encontrarla, pero no había rastro alguno de ella y ninguno de los sirvientes la había visto salir, así que empezaba a enloquecer.

—Henry, tú eres mi última esperanza, ¿en dónde está mi esposa? —preguntó a su mayordomo muerto de miedo, no soportaría perder a la mujer que más había amado en el mundo por la estupidez y los arrebatos de Janeth, no, ella ya lo despojó de muchas cosas, no iba a permitir que además también le arrebatase el amor de nuevo.

—Lo lamento, milord, pero no vi que la condesa abandonara la mansión, tal vez salió cuando tuve que ir a la cocina a ayudar al ama de llaves. —Jaime cayó al suelo derrotado, tomó su cabeza entre sus manos y pensó en dónde podía estar, sus ojos se cristalizaron y un fuerte dolor se instauró en su pecho, un dolor que con cada segundo se incrementaba y era cada vez más agonizante e insoportable, pero no se permitió derrumbarse, encontraría a la mujer que amaba costara lo que le costara.

Estaba a punto de darse por vencido y correr a casa de los padres de su esposa o de todos los

conocidos para preguntar por ella, estaba dispuesto a buscarla por todo Londres e incluso por toda Inglaterra de ser necesario, pero entonces un mensajero llegó a la puerta y le entregó un sobre, al ver su nombre escrito en este reconoció la letra de inmediato.

—¿Quién le dio esto? ¿En dónde está ella? —preguntó al hombre.

—Lo lamento mucho, milord, pero tengo órdenes expresas de no responder a ninguna de sus preguntas. —El hombre dio la vuelta a su caballo y se alejó a todo galope. Jaime tomó la carta y la abrió.

Mi amado esposo:

De pequeña siempre pensé que el día que contrajera matrimonio sería por amor, debo admitir que al principio fue un tanto deprimente la idea de casarme contigo porque en nada te parecías al hombre que alguna vez soñé para mí, pero entonces me sonreíste y me trataste con tanto cariño que no importó lo mucho que me lastimaste nuestra noche de bodas ni la frustración que me hiciste sentir después, lo único que me importó fueron esos besos y caricias que me diste hasta el amanecer; me enamoré de ti, Jaime Liamberton, conde de Grosvenor, me enamoré y te di todo de mí, te amo mucho más de lo que me amo a mí misma. Al ver que cada noche visitabas mi lecho y despertabas abrazado a mí pensé que mi amor era suficiente para los dos, pero hoy, después de ver cómo te besabas con Janeth, entendí que no es así, no puedo luchar con tu pasado ni con su corazón, así que eres libre de hacer lo que gustes.

Todos los caballeros tienen la libertad de tener cuantas amantes deseen y soy consciente de ello, no puedo prohibirte nada, pero mi corazón se rompió en mil pedazos al verte con otra mujer y no creo soportarlo una vez más, por eso me fui.

Tengo muy en claro que mi obligación como tu esposa es volver a tu lado y estoy dispuesta a hacerlo, no soportaría que te señalen o juzguen porque tu esposa desapareció de tu lado, es solo que necesito un poco de tiempo para hacerle entender a mi corazón que tu amor siempre ha pertenecido a otra y yo no tengo oportunidades, no tardaré mucho tiempo, lo prometo, además que seré discreta, nadie notará que duermo en otro lugar.

¿Recuerdas el día que me dijiste que no tenías corazón porque Janeth se lo llevó con ella el día que desapareció? No sabes el dolor que me causó escuchar esas palabras pero sé que un día podré verte con ella y no querer morir. Si un día deseas buscarme, búscame en tu corazón, es una pena que no tengas.

Te amo, Jaime Liamberton, mi conde de Grosvenor.

Siempre tuya,

Lady Grosvenor.

“¿Que la busque en mi corazón?”, pensó. Era una idea ridícula, estuvo todo el día junto a sus padres y a los de su esposa buscándola por cielo y tierra mientras ella se aseguraba de que nadie la viera.

—¿De verdad cree que esto es lo correcto, Rosabell? —preguntó su aliado; ella, sin dudarlo, asintió, necesitaba entender que él no la amaba y la única forma era alejándose, ya que no podía evitar que él visitara su lecho y reclamara su cuerpo.

Cuando pensó en la frase “*búscame en tu corazón*” creyó que aquello era un castigo para él

por el dolor que sentía al ser rechazada por el hombre que amaba, pero pronto notó que aquella no era la verdadera razón, escribía la frase porque en el fondo deseaba que él la buscara y la encontrara, que fuera, la tomara entre sus fuertes brazos y la llevara de vuelta a la mansión en donde luego le haría el amor, prácticamente le rogaba que tuviera un corazón y que la amara tanto como ella lo amaba.

Pasaron cinco días desde la desaparición de la condesa y cada día ella le enviaba una pequeña nota asegurándole que estaba bien y prometiéndole volver pronto, pero todas ellas terminaban con la misma frase: *“Búscame en tu corazón”*.

Durante esos días no había dormido ni comido bien, por lo que su aspecto era deplorable, estaba a un paso de perder la cordura, por tal motivo, fue en busca de su gran amigo Adrián, era la única persona que podía ayudarlo en ese momento, pero lo que nunca imaginó fue que mientras el mayordomo lo acompañaba al despacho, pasaron frente a la biblioteca y vio a su esposa hablando con toda tranquilidad con Emily, la esposa de Adrián.

—Rosabell —susurró adentrándose en la habitación, corrió hasta ella y la abrazó con fuerza, no quería reprenderla ni nada parecido, lo único que quería era sentirla cerca.

—Jaime, ¿qué haces aquí?

—Te encontré, Dios mío, por fin te encontré, no sabes lo que han sido estos días sin ti. —Se aferró a ella con fuerza, quería fundirla a su cuerpo para siempre—. No puedo perderte, Rosabell, sé que me he comportado como un completo imbécil, pero te amo, me enamoré de ti, Janeth solo es y siempre será un mal recuerdo, el beso que viste solo fue porque ella me tomó por sorpresa y tarde mucho más de lo que debí en alejarla, pero te juro que la única mujer en mi vida eres tú. Mi corazón es tuyo, amor mío, nunca nadie ha pertenecido a nadie más, no tienes que compartirlo ni luchar por él porque es completamente tuyo, siempre ha sido tuyo aunque antes no lo supiera — confesó sin atreverse a soltarla por miedo a que desapareciera en cualquier momento y que aquello solo fuese un sueño, pero al abrir sus ojos ella seguía allí y lo miraba con unas sonrisas en sus labios y lágrimas en sus ojos.

—Tardaste demasiado en darte cuenta de lo que sentías, pero aún no es tarde, nos queda toda una vida para amarnos y yo nunca podría dejar de amarte. —Al escuchar esas palabras el corazón de Jaime se aceleró y, sin pensarlo más, la besó como hacía tanto tiempo había querido hacerlo. Al separarse la abrazó y entonces fue consciente de que los futuros marqueses los miraban entretenidos. Adrián con burla y diversión en los ojos mientras Emily, su esposa, con emoción compartida.

—Hasta que por fin decidiste venir, tu esposa es muy agradable, pero ya era hora de que volviera a tu lado.

—¿Estuviste acá todo este tiempo? —preguntó el conde a su condesa.

—Así es, después de verte besando a esa mujer el dolor fue muy grande y solo pensé en irme, pero sabía que no podía ser de forma permanente y que si quería ocultarme no sería en casa de mis padres porque sería el primer lugar al que irías, mi mejor opción fue lord Wadlow, conocía a

su esposa y no dudaron en darme posada, pero no puedes recriminarme, te lo dije, solo tenías que buscarme en tu corazón. —Su esposo la miró con una ceja elevada.

—¿Cómo puedes decir que eso fue una pista? Lo leí mil veces y en ninguna de ellas lo entendí, llegué hasta acá porque necesitaba un amigo, fue una pura y muy linda coincidencia,

—Bueno, me alegra que hayas decidido venir, pero sí era una pista, un día me dijiste que lord Wadlow más que tu amigo era como un hermano, que era una persona muy especial y esencial en tu vida, que ocupaba un lugar muy especial en tu corazón, por eso la frase era “búscame en tu corazón” porque a pesar de asegurar que no tenía, él sí estaba allí. —Él lo pensó por un momento y admitió que tenía un poco de lógica.

—Tienes razón en cada una de tus palabras, pero te ruego que nunca más vuelvas a escapar de mí, me sentí morir. —Lady Grosvenor se abrazó con fuerza al amor de su vida.

—Prometo no hacerlo nunca más.

—Y en caso tal, saben que ambos cuentan con nosotros, comparten un amor maravilloso y envidiable —comentó la futura marquesa ganándose un pequeño y juguetón regaño de su esposo por desmeritar su amor, aunque solo necesitó de un beso y un par de palabras al oído para saber que su amor era demasiado grande, tanto como el de los condes.

Todos los sirvientes se alegraron de ver a su señora de regreso en la mansión; era una mujer con la habilidad de ganarse el cariño de todas las personas con mucha facilidad, además que siempre los trataba con mucho respeto porque, aunque ella poseía un título y ellos un trabajo limpiando la mansión, tenía la fiel convicción de que todas las personas eran iguales y nadie tenía el derecho de creerse mejor que los otros, a menos que fuera la mujer que quería quitarte al amor de tu vida.

—Intentaré conquistarte un poco más cada día de mi vida, te amaré para la eternidad y te seguiré a donde vayas —prometió lord Grosvenor mientras le hacía el amor a su esposa.

—Entonces conquístame para así pasar la eternidad entre tus brazos, pero eso sí, no te la dejaré tan fácil.

—Sé que no será fácil, pero teniéndote a mi lado soy mucho más fuerte que cualquier otro hombre y por ti soy capaz de todo. —La miró a los ojos y se acercó—. Te amo. —La besó con fuerza como un sello de amor, dándole inicio a una nueva historia.

FIN

Epílogo

—¿Qué te parece esto? —preguntó el conde a su esposa mientras su barco navegaba por el mediterráneo; estaban disfrutando juntos de su viaje y los destinos no podían ser más mágicos.

—Perfecto se quedaría corto para describir tanta belleza —comentó lady Rosabell en medio de la emoción, y, aprovechando que su esposo estaba tranquilo y feliz, se posicionó frente a él y le pidió que la mirara—. Jaime, llevamos casi dos meses casados y yo aún no quedo en embarazo, aunque no somos precisamente cuidadosos y hacemos el amor casi todas las noches, ¿crees que hay algo mal en mí? Mi deber es darte un hijo y parece imposible. —El caballero tomó a su mujer entre sus brazos aferrando sus manos a la curvatura de su cintura.

—No hay nada mal en ti, amor mío, eres la mujer más perfecta que conozco y aún tenemos mucho tiempo para pensar en el tema de los herederos, de hecho, me gustaría tenerte un poco más de tiempo solo para mí, disfrutar de tu cuerpo tanto como desee, te aseguro que los hijos vendrán en su debido momento, solo preocupémonos por amarnos —le dijo en un intento por tranquilizarla; la verdad era que aunque Rosabell le diera hijo o no, era una mujer perfecta y nada podría hacerle cambiar de opinión, elegía no preocuparse por aquello de lo que no tenía el control y disfrutar de los placeres de la vida.

Un par de meses después, la condesa dio a luz a un hermoso bebé que un día heredaría la fortuna y título de su padre, ese solo fue el primero de muchas más alegrías.

No importa cuán imperfecto pueda ser el amor mientras sea un sentimiento real y recíproco, después de todo, hay muchas formas de amor y no todas las historias son iguales, solo hay que arriesgarse y darse la oportunidad de amar y vivir tu propia historia de amor; la persona indicada puede ser quien menos se espera.

Si te ha gustado

Búscame en tu corazón

te recomendamos comenzar a leer

Adorable reputación

de *Gabriela Cano*



Prólogo

(Lindsay)

No importa las veces que he tomado una larga ducha intentando remover la suciedad de mi interior o que pase horas llorando mientras me veo en el espejo: nada cambia. Siempre es lo mismo. Continúo sintiendo náuseas cada vez que veo la suciedad empañar cada parte de mi alma. Si alguna vez existió un brillo en mí, se apagó cuando mi papá destruyó mi vida, y no hubo nadie que intentara salvarme de ese calvario.

Hoy es un poco distinto.

Ha llegado la hora en que me atrevo a dejar ese infierno que me ha quemado lo suficiente.

Cada día, mi interior aún batalla con renovarse porque se rehúsa a quedarse entre las sombras. No quiero esta vida; nunca la he querido y, aunque no es sencillo dejar mi pasado atrás, me esmeraré en lograrlo.

Increíblemente, el sol está en todo su esplendor, y eso logra hacerme sonreír. Tener una mañana soleada en la ciudad es digna de apreciar.

¿Cómo será tener un clima radiante todo el año? Bueno, eso lo sabré en unas horas.

Mi corazón empieza a palpar con frenesí al darme cuenta de que me estoy yendo de Omaha; le he prometido a Daisy que no regresaré por nada del mundo... ni siquiera por mamá. No, no quiero ir por ese camino; sin embargo, ya es demasiado tarde. Mis ojos se han puesto vidriosos. Rápidamente miro hacia la ventana con la intención de que Daisy no lo note. He fallado: ella me ha visto, por lo que coloca su mano izquierda sobre mi muslo y le da un suave apretón.

—Estarás bien, cariño —asegura; su tono dulce me reconforta un poco.

Me vuelvo hacia ella, conteniendo las ganas de llorar. Al menos funciona hasta que llegamos al parqueo del aeropuerto y apaga su auto. Desabrocho el cinturón de seguridad para inclinarme a darle un fuerte abrazo, mientras sollozo en su hombro.

Daisy Rodríguez no solo es la profesora de Ciencias Naturales que hizo que me volviera a ilusionar con algo, sino que ha sido como un ángel desde que entró a mi vida. Cuando me sentía tan rota y vacía, cayéndome a pedazos, de alguna manera ella lo supo; entonces se empezó a acercar a mí. Casi me obligó a contarle por todo lo que he pasado. Ya no soportaba los murmullos en los pasillos de la escuela, llamándome a escondidas: «puta». Estaba al borde del precipicio; ella me salvó antes de caer.

Desde el momento en que conoció mi verdad, Daisy, al igual que su esposo, han cuidado de mí por los últimos meses, ayudándome a descubrir la pasión que no sabía que sentía por el arte y han logrado que me enamore perdidamente de este estilo de vida. No sé qué habría sido de mí sin ellos.

—No tienes que preocuparte de nada, Lindsay. Mi amiga te estará esperando en el aeropuerto y te llevará directo a la residencia estudiantil.

Me separo de su hombro. Con la manga de mi suéter limpio mi nariz y las lágrimas que recorren mi rostro.

—Ojalá supieras cuánto significa esto para mí. —Logro mantener mi voz equilibrada. Poco a

poco las lágrimas van cediendo—. No tengo idea de cómo me irá en Los Ángeles, pero te pagaré todo lo que has hecho para ayudarme.

¿Por qué mamá no pudo protegerme de la misma manera en que ella lo ha hecho? Creo que hay mujeres que no merecen ser mamás en lo absoluto porque ni siquiera comprenden el rol que se les ha brindado; en cambio, hay otras que albergan tanto cariño en su corazón, y egoístamente su cuerpo nunca le da la oportunidad de compartir ese amor inmensurable con sus propios hijos. Entonces, tienen que hacerlo con los hijos despreciados por alguien más.

Daisy es una mujer de treinta y cinco años, que ama a sus estudiantes como si fueran su familia verdadera. Conmigo ha sido tan especial... regalándome ese cariño que me ha faltado desde hace algunos años.

—Me pagarás disfrutando de la universidad y siendo la mejor de tu clase. Es todo lo que te pido, Lind.

Asiento; luego sujeto mi bolso de mano. Ambas salimos del auto; tomamos las únicas dos maletas del asiento trasero. No me estoy llevando más que alguna ropa, zapatos y mi portátil. No tengo absolutamente nada y, si no fuera por ella, tampoco tendría a nadie.

Nos encaminamos a toda prisa hasta el interior del aeropuerto. Papá, literalmente, me tomaría del cabello si supiera que su mina de oro se le está yendo de la ciudad. Posteriormente intentaría venderme al mejor postor, y el ciclo de autodestrucción volvería a comenzar.

Siento náuseas solo de recordar todo lo que me ha hecho pasar.

Me detengo un momento a tomar aire para poder tranquilizarme. Daisy me entiende. En silencio sube y baja su mano por mi espalda, como muestra de apoyo.

Antes de llegar a la terminal que me corresponde, me parece increíble que lograré salir de este infierno. Estaré sola en una ciudad completamente desconocida. Ya no tendré a Daisy o a Max para protegerme. No tendré a nadie, y sé que no es nada en comparación con lo que estoy pasando. Pero, después de todo, soy solamente una humana quebrantada a la que le sigue dando un poco de pánico pensar que puedan existir demonios más poderosos que consigan arrastrarme por completo al infierno.

Pasan unos largos minutos de tortura mental, hasta que finalmente digo:

—Estoy lista. —Me vuelvo hacia Daisy; sus ojos color café se iluminan con esperanza. Asiente con una pequeña sonrisa; luego, saca su cartera. En cuanto veo sus intenciones, me echo hacia atrás—. No lo aceptaré.

Daisy sacude su cabeza y sonrío dulcemente.

—Necesitarás un poco de efectivo para cuando llegues a la ciudad. —Alza una cantidad de billetes que me niego a tomar—. Lind, por favor, son de parte de Max. Ya sabes que ni él ni yo estaremos tranquilos sabiendo que no cuentas con nada de dinero.

—Pero me has conseguido un trabajo, así que lo tendré en cuanto me paguen; además, tú y Max ya han hecho suficiente por mí.

Ella apoya su mano libre en su cadera, adquiriendo esa actitud que me demuestra que no ganaré

esta batalla. Sí, también es obstinada.

A regañadientes tomo el dinero que me ofrece, teniendo en cuenta que haré todo lo que esté en mis manos para algún día recompensarlos por todo esto. Le doy un fuerte abrazo antes de hacer la fila hacia la zona de seguridad.

—Gracias por todo.

—No tienes nada que agradecer, Lindsay. —Me toma de los hombros, observándome por una última vez—. Te robaste mi corazón desde que entraste distraída a mi salón de clases y contemplaste por una eternidad el cuadro que Max pintó en sus peores momentos.

Mi estómago, literalmente, tiembla ante el horrible recuerdo de ese día.

—«De las peores tormentas salen los arcoíris más impresionantes» —cito la frase que ella me enseñó y que se ha convertido en mi mantra. Daisy me sonrío; posteriormente aparta un mechón de su hermoso cabello castaño—. Fuiste la mamá que desearía haber tenido. Max y tú son las mejores personas que he conocido.

No esperaba que se pusiera a llorar; yo apenas me contengo de hacer lo mismo. Tomo varias respiraciones antes de despedirme por una vez más. No sé cuándo la volveré a ver; hasta entonces, me convertiré en la chica fuerte que ella desea. No volveré a llorar por nada ni por nadie. Y no dejaré que vuelvan a hacerme daño.

—Te quiero, Lindsay. Estaremos siempre en contacto, y, por favor, sé feliz. Si hay alguien que se merece volver a sonreír, esa eres tú.

Pienso un momento en sus palabras. Un escalofrío me recorre el cuerpo al escuchar, por las bocinas, que llaman a los pasajeros de mi vuelo.

—Lo haré. Y también te quiero. Muchísimo.

Sé que, en cuanto suba en ese avión, la Lindsay Reed que se lamentaba todas las noches habrá quedado atrás. Empezaré de cero. Tendré una nueva vida en la ciudad de Los Ángeles. Reiré más seguido y, con suerte, lograré enamorarme de esa nueva versión de mí misma que tanto he anhelado.

Sí, todo será mejor.

Me convertiré en la chica aventurera y arriesgada que siempre he querido ser. Cortaré mi cabello; quizás experimente con colores locos. Puede ser que me haga un tatuaje o unos cuantos piercings, ¿Quién sabe? Lo que sí sé es que mi pasado quedará enterrado por completo.

Me permito mirar hacia atrás solamente para decirle adiós al ángel que de repente llegó a mi vida.

Sonrío al recordar que, si existen humanos que son capaces de producir dolor a tal grado de convertirse en monstruos, sé que existen personas que batallan contra ellos y logran llenar de luz nuestras vidas.

Búscame en tu corazón



Jaime Liamberton, actual conde de Grosvenor y heredero al ducado de Westnster, asegura que el sentimiento que llaman amor no es más que un invento producto del placer sexual, por lo que en su vida solo hay diversiones de una noche.

Sin embargo, existe una razón que llena su alma de tristeza: una vez le rompieron el corazón y por eso ahora tan solo confiaba en la razón.

O al menos eso fue así hasta que Lady Rosabell, con una simple mirada, provoca un terremoto en su interior.

Lady Rosabell Hemsiley, hija del vizconde de Beristed, es una joven soñadora para quien la maldad no existe. Hasta que, con una crueldad absoluta, el conde de Grosvenor cambiará su dulce forma de pensar.

No obstante, Rosabell tiene la esperanza de demostrarle que el amor sí existe y que hasta su esquivo corazón es capaz de sentir. Él pretenderá darle la lección más dolorosa de su vida, pero también será la más especial.

Fernanda Suárez. Tiene diecinueve años, es colombiana y estudia Relaciones Internacionales y Estudios Políticos. Ama leer desde los 12 años, y fue Jane Austen y su libro *Orgullo y Prejuicio* quién la enamoró.

Un día, unas grandes amigas la animaron a que escribiera, y la escritura se ha convertido desde entonces en su mayor placer. Piensa que los libros son un pequeño descanso, un mundo en el que puedes ser y hacer lo que desees, solo hay que disfrutarlos.

Edición en formato digital: noviembre de 2019

© 2019, Fernanda Suárez

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-89-3

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Búscame en tu corazón

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Epílogo

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Fernanda Suárez

Créditos